

# EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN CAMPAÑA EN LOS COMIENZOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, 1808-1809

Arsenio GARCÍA FUERTES

*Doctorando en Filosofía y Letras por la Universidad de León*

## **Resumen:**

Indudablemente el conflicto entablado por el Ejército Español entre 1808 y 1814 contra el Imperio Napoleónico fue su guerra más digna y heroica. Mal preparado al estar adiestrado en las antiguas tácticas prusianas y peor equipado por la ruina económica de España desde finales del siglo XVIII, la invasión le sorprende en la peor de las condiciones posibles. Aún así se rebela contra el Gobierno afrancesado e inicia una guerra total de cinco años en la que unido a su Pueblo y dirigido por las Juntas Patriotas intentará, durante los dos primeros años, combatir a campo abierto contra el mejor Ejército de la época.

## **Palabras clave:**

Ejército Español. Táctica. Infantería de Línea. Infantería Ligera. Milicias Provinciales. Artillería. Guerra Peninsular.

## **Résumé:**

Indubitablement le conflit commencé par l'Armée Espagnole entre 1808 et 1814 contre l'Empire Napoléonien fut sa guerre la plus digne et héroïque. Un malheur préparé, après être dressé dans les anciennes tactiques prussiennes et pis équipé par la ruine économique d'Espagne depuis des fins du XVIII<sup>e</sup> siècle, l'invasion le surprend dans la pire des conditions possibles. Et encore elle se rebelle contre le Gouvernement francisé et initie une guerre totale de cinq ans à celle que uni à son Peuple et dirigé par les Assemblées Patriotas essaiera, pendant les deux premières années, de combattre à champ ouvert contre la meilleure Armée de l'époque.

## **Mots clés:**

Armée Espagnole. Tactique. Infanterie de Ligne. Infanterie Légère. Milices Provinciales. Artillerie. Guerre Péninsulaire.

“Los hombres no nacen valientes, llegan a serlo con el adiestramiento y la disciplina” (Flavio Veggecio, *Epitoma Rei Militaris*).

“Los españoles poseen un mérito infinito y es que, aunque se vean derrotados, no se descorazonan jamás. Pueden huir, pero es para reagruparse a lo lejos y volver algunos días después con una confianza indestructible, que sobrevive a todas las derrotas” (barón de Marbot, *Mémoires du General baron de Mesnil-sur-l’Estrée*).

En julio de 1809, en plena campaña de Talavera, establecido el Cuartel General aliado en Oropesa, y reunidos los estados mayores de ambos ejércitos, algunos oficiales británicos no pudieron por menos que comentar el mal aspecto que tenían las tropas españolas con las que habían iniciado el avance hacia Madrid. El coronel prusiano, y posterior historiador, Berthold Schepeler, que combatía en las filas españolas, dejó escrita la orgullosa respuesta dada por Pascual de Zayas, comandante de la División de Vanguardia del Ejército Español de Extremadura:

-“Señores, estos mismos soldados, sin zapatos, sin casacas, fueron los defensores del Ferrol, de Tenerife y de Buenos Aires”.<sup>1</sup>

A lo que Arthur Wellesley respondió a sus oficiales:

-“Señores, han merecido ustedes esta contestación”.<sup>2</sup>

Arsenio García Fuertes: "El Ejército Español en campaña en los comienzos de la Guerra de la Independencia, 1808-1809", *Monte Buciero 13. Cantabria durante la Guerra de la Independencia*, ISSN 1138-9680, Santander 2008, pp. 101-166.

## **Estado de la cuestión**

Todavía hoy el Ejército Español sigue siendo uno de los grandes olvidados de la historia militar de las guerras napoleónicas por muy diversas causas. Sin que queramos, ni sea nuestra intención, adentrarnos en un estudio historiográfico que nos explique este olvido, podemos apuntar el origen de esta postergación.

Desde el lado español, las derrotas que empezaron a sufrir sus pequeños ejércitos, luego del espejismo de Bailén, junto con el posterior y caótico intervencionismo militar en la política nacional durante los siglos XIX y XX, causaron tal descrédito en la imagen del Ejército, dentro de su propio país, que su destacada y heroica lucha entablada entre 1808 y 1814 por la liberación de su territorio nacional, fue quedando relegada al olvido.

Igualmente, el inicio de las guerras civiles carlistas, la agónica y épica derrota en las guerras de Emancipación americanas del Ejército Realista, su estrepitoso fracaso a la hora de frenar la invasión legitimista de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823, la multitud de pronunciamientos y golpes de estado protagonizados por sus "espadones", la inoperancia de los mismos en el Gobierno de la Nación, la imposición, finalmente, de un ejército barato de leva, hasta bien entrado el siglo XX, cuyas quintas recaían (a manera de un doloroso "impuesto de sangre") única y vergonzosamente sobre el pueblo llano<sup>3</sup>, todo ello ahondó, aún más, en este alejamiento entre la institución militar y la sociedad civil española.

Finalmente, el Desastre Militar del 98 frente a EEUU (cuya responsabilidad histórica ha de recaer tanto sobre la clase política de la Restauración, como sobre los propios altos mandos militares que dirigían sus propios Ministerios de Guerra y Marina), que sume al país en una profunda crisis de identidad nacional y de descrédito hacia el sistema político bipartidista de Cánovas, hacia la Monarquía y, de nuevo, hacia sus fuerzas armadas, dio una nueva puntilla a este proceso sociológico de olvido y de descrédito de todo lo militar en España.

Por otra parte, la visión liberal y romántica decimonónica prefiere la imagen idílica de un Pueblo alzado en armas contra la invasión napoleónica por mano de las famosas guerrillas (reflejado en la Constitución gaditana de 1812 con la creación de una poderosa Milicia Nacional que habría de suplan-

tar buena parte de las funciones del Ejército Regular). Así, la realidad histórica de un Ejército Regular que, sin medios combatió con desesperación y perseverancia heroicas contra la mayor máquina militar de la época, en una terrible guerra de seis años (fusionado con un Pueblo y unas Juntas Patriotas que lo mantuvieron vivo), en la que las derrotas sólo hacían fortalecer más su animo de victoria, como decimos, esta realidad histórica, se fue perdiendo en la memoria y el silencio de los archivos.

Al mismo contribuyó también la reposición absolutista de Fernando VII. Ahondar en el conocimiento de aquel conflicto, suponía revelar, más a las claras, el cobarde e infame papel desempeñado por dicho monarca entre 1808 y 1814.<sup>4</sup>

En conclusión, el antimilitarismo latente en buena parte de la Sociedad Española y sus élites universitarias, desembocaron en 1908, Primer Centenario del inicio de la Guerra de Independencia, en una exaltación de la leyenda del Pueblo en Armas identificado con el fenómeno de la Guerrilla, como triste consuelo del orgullo nacional humillado en Cuba y Filipinas diez años antes. La Historia Militar de la Guerra de la Independencia quedó olvidada en la historiografía universitaria española, dejando su estudio en manos de historiadores extranjeros, o de militares que, en obras globales, como la de Gómez de Arteche en el siglo XIX o Priego López y su hijo Priego Fernández del Campo a finales del siglo XX, han tratado de suplir esa carencia.<sup>5</sup>

Por parte francesa, la “Guerra de España“ siempre ha sido vista con la mala conciencia de una guerra infame emprendida a traición (por la desmesurada ambición de Bonaparte) contra un antiguo aliado. Una guerra alejada de los oropeles de glorias y victorias de las fáciles campañas llevadas a cabo en el resto de Europa contra prusianos, rusos, austriacos, suecos o napolitanos. Una guerra total y salvaje, cuyos ecos se trataban infructuosamente de ocultar en Europa con el espejismo de una nueva dinastía Bonaparte entronizada felizmente en España y contra la que sólo luchaban partidas fanatizadas de bandoleros apoyadas por el clero.

Por lo tanto, no existió ni se reconoció (ocultándose durante buena parte de la guerra por parte francesa) en sus Boletines, Partes Imperiales y en sus Gacetas, la existencia un Ejército Regular Español al que nunca consiguió doblegar. Oficialmente sólo se reconocía, las más de las veces, la guerra habida en la Península Ibérica contra el Ejército Británico-Portugués del duque de Wellington. La guerra se fue convirtiendo en una pesadilla para las fuerzas imperiales que se desangraron en un conflicto al que, por muchas veces, el propio Emperador declaró finalizado victoriosamente, a la espera de algunas operaciones menores de pacificación.

Dentro de esta mentalidad imperial, se llegó a regatear la propia concesión de ascensos y condecoraciones al Ejército Francés destacado en España, porque el hacerlo suponía revelar que España y sus fuerzas regulares seguían combatiendo.<sup>6</sup>

Por parte británica, su valiosa y valerosa intervención militar en la Península Ibérica (imprescindible para la victoria final en 1814) nunca respondió

a un originario y desinteresado deseo de auxilio a Portugal o España, sino a sus propios, egoístas y legítimos intereses estratégicos y económicos en su lucha contra la hegemonía francesa en Europa. Por lo tanto, el nuevo Tratado de Alianza entre España y Gran Bretaña (enemigos seculares desde finales del siglo XVI) nació inevitablemente viciado desde sus comienzos.<sup>7</sup>

*“La Alianza raramente se convirtió en amistad. Así, cuando en 1808, las circunstancias de la guerra unieron a los españoles y los ingleses en una alianza que duraría hasta la caída de Napoleón en 1814, no fue el resultado de un matrimonio feliz. Al contrario, después de una luna de miel tan breve como apasionada, las relaciones se deterioraron hasta el punto en que una guerra angloespañola pareció al menos una posibilidad”*.<sup>8</sup>

Este desencuentro de motivaciones e intereses fue también el caldo de cultivo de toda una posterior tradición británica Memorialista e Historiográfica que minusvaloró y despreció, las más de las veces, las actuaciones del Ejército Regular Español durante el conflicto.<sup>9</sup>

*“Se luchaba por dos motivos distintos y esa diferente motivación explicará que los españoles se empeñen, en ocasiones a la desesperada, en batallas cuyo planteamiento no está claro y el éxito es dudoso, mientras que los ingleses actúen sólo cuando está muy seguros de la victoria, porque el tiempo no les preocupa y la paciencia es un lujo que pueden permitirse en un país ocupado que no es el suyo...”*<sup>10</sup>

*De ahí la permanente disponibilidad, muchas veces insensata, para dar batallas, para atacar al enemigo día y noche, con tropas regulares, con guerrillas, con lo que fuera...*

*Los ingleses no tenían prisa. Subsistir, ya se ha dicho antes, era un triunfo. Para los españoles, en cambio, todo urgía; había que acabar cuanto antes con la invasión extranjera, aunque fuese a costa de imprudencias y de sangre.”*<sup>11</sup>

Salvo excepciones<sup>12</sup>, el Ejército Español sigue siendo hoy un perfecto desconocido, desdeñado por la bibliografía anglosajona.

Muchos testimonios y argumentos en *Memorias de Guerra* posteriores y en obras historiográficas francesas y británicas inciden siempre y machacantemente en la debilidad que presentaban las tropas españolas en el combate a campo abierto, su mala instrucción y equipamiento, así como en la mala calidad profesional de muchos de sus oficiales y generales. Todo ello sin reparar en las causas que lo originaban, ni reconocer su capacidad de aprendizaje, su constante moral de lucha, y la capacidad de seguir combatiendo con los pocos medios que una Nación arruinada e invadida, les prestaba.

Sólo ya en el siglo XX, algunos autores anglosajones han tratado, con mayor o menor fortuna, de ir rompiendo estos tópicos a favor de estudios más equilibrados y justos.<sup>13</sup>

Por parte española, y a lo largo del siglo XIX y XX, se respondió a esta injusticia histórica con obras autojustificativas, que se fueron reflejando

hasta el siglo pasado en textos escolares que ignoraban tanto la participación británica y portuguesa en la guerra como (a manera de ejemplo) llegaban a calificar los Arapiles de victoria española, cuando es sabido que la participación de las armas hispanas en la misma fue mínima.

Aún hoy, una cierta historiografía política y militar se empeña igualmente en ignorar que si los 60.000 soldados británicos y portugueses del duque de Wellington consiguieron mantenerse en la Península durante cinco años frente a unas fuerzas imperiales que contaron con efectivos de entre 300.000 a 200.000 hombres, fue debido a la existencia de hasta siete pequeños Ejércitos Españoles que (con unos efectivos de entre los 100.000 a 150.000 hombres) combatieron sin descanso ni desánimo, muchas veces en solitario, contra las fuerzas del emperador Bonaparte.

A estas fuerzas regulares españolas se les unieron partidas guerrilleras con efectivos de alrededor de otros 30.000 hombres. Su efectiva actuación ha sido sobredimensionada por la tradición popular, las Memorias de los contendientes y por sus propios oponentes franceses. Se puede considerar que alrededor del 70% de sus integrantes fueron adquiriendo orgánica militar en los dos últimos años del conflicto, hasta llegar a integrar, las que actuaban en el norte de España, todo un pequeño Ejército Guerrillero, el 7º al mando del general Gabriel de Mendizábal. Estas unidades actuarían con gran efectividad a una y otra vertiente de la Cordillera Cantábrica hasta 1813.<sup>14</sup>

El resto de muchas de esas guerrillas no pasarían de calificarse como simples partidas dadas al bandillaje y al saqueo y que fueron perseguidas tanto por franceses como por los mismos españoles.<sup>15</sup>

Aún hoy causa sonrojo, cuando no vergüenza ajena, escuchar y leer a algunos ciudadanos de este país, desde políticos a periodistas, pasando por otros pretendidos historiadores, afirmaciones del tipo de que “*El Ejército Español no hizo nada durante la Guerra contra Napoleón*”, o que “*la Guerra de la Independencia la ganaron los británicos*”. Si no fuese porque la ignorancia está reñida con la estupidez, dudaríamos a veces de la utilidad de trabajos de investigación como el que aquí abordamos, más allá de la noble intención de rendir homenaje, a través de los hechos, a los soldados regulares españoles de 1808-1814.

En conclusión, podemos afirmar que, sin los suministros británicos la resistencia española y portuguesa difícilmente hubiese podido mantenerse eficaz y tan combativa. Igualmente, sin la resistencia de las fuerzas regulares españolas, las tropas de Wellington hubiesen sido barridas de la Península desde el primer año de la guerra y no hubieran podido protagonizar los momentos más estelares y las victorias más señaladas del conflicto.

Talavera, Torres Vedras, Arapiles, la entrada aliada en Madrid o la fulgurante y genial campaña de Wellington en 1813, nunca hubieran tenido lugar sin la presencia y la combatividad de los pequeños ejércitos españoles que distrajeran a la mayor parte de las fuerzas imperiales, o cuidaron los flancos del avance británico y portugués en España en 1812.

## El Ejército Real Español al comienzo de la Guerra de Independencia

Durante el siglo XVIII España se debatió entre la necesidad de dotarse de un fuerte poder naval para mantener su Imperio Colonial Americano (la base económica imprescindible para su mantenimiento como Potencia Europea) frente a las agresiones británicas, y la de otro terrestre para oponerse a Francia (sobre todo a partir de 1793). La oscilación entre dichas políticas acabó debilitando a ambas. Ya en 1751, el Marqués de la Ensenada proponía a Fernando VI las bases de una, casi nunca lograda, neutralidad armada:

*“Proponer a V. M. que tenga iguales fuerzas de tierra que Francia y de Mar que Inglaterra sería delirio; porque ni la población de España lo permite ni el erario puede suplir tan formidables gastos; pero proponer que no se aumente el Ejército y que no se haga una decente Marina sería querer que España continúe subordinada a Francia por tierra y a Inglaterra por mar”.*

La Guerra de la Independencia comienza para España en el contexto de un Estado del Antiguo Régimen en bancarrota económica (como le había sucedido a la Francia de 1793), declarada desde finales del siglo XVIII. A ello se le unía un sistema económico basado en una agricultura tradicional que no daba ya más de sí, y un comercio de reexportación colonial atlántico interrumpido por la marina británica. Enseguida, al caótico contexto se le unen unas colonias en efervescencia independentista, así como los designios del poder imperial napoleónico que aspira a situar a una debilitada España en la esfera de sus satélites.

Una conspiración dinástica en el seno de la propia familia real española, en torno al Príncipe de Asturias y en contra de su padre Carlos IV y su favorito Manuel Godoy, precipitan la actuación napoleónica con el cambio de dinastía en las jornadas de Bayona.

Todo el organigrama burocrático de la monarquía absoluta española (Consejo de Castilla, Chancillerías, Audiencias, Capitanías Militares, Correjimientos, etc.) acata el golpe de fuerza de mal o de buen grado, acudiendo mayoritariamente a las Cortes convocadas en Bayona.

Serán las Provincias y sus autoridades municipales y eclesiásticas las que, abandonadas a su suerte por los poderes centrales tanto ante la invasión francesa como ante las violentas revueltas populares antifrancesas y también antiseñoriales, den el paso, a lo largo de las semanas de mayo y junio de 1808, de sublevarse contra la nueva dinastía Bonaparte y contra el Imperio.

En este sentido, se puede afirmar, que la rebelión patriota ante una invasión consentida por los poderes centrales, partió de las provincias. Fueron los poderes periféricos y locales, los ayuntamientos, los que salvaron a la futura Nación.<sup>16</sup>

Dichas autoridades provinciales reasumirán el poder soberano en sus territorios creando nuevas e improvisadas instituciones de poder, las Juntas Patriotas. Desaparecido el poder central de la Monarquía, las nuevas Juntas

Provinciales (se forman hasta diez y siete) atomizan el antiguo poder y Soberanía. Ellas son las que tienen el mérito de haber iniciado y encauzado la guerra contra Napoleón, manteniendo siempre viva la llama de la causa fernandina; pero también son responsables de haber dado rienda suelta a los consabidos intereses y particularismos regionales. Hasta el extremo de haber intentado en varias ocasiones utilizar las fuerzas militares bajo su control para su propio provecho político:

*¡Desgraciada nación si los Ejércitos hubiesen apoyado las ambiciosas ideas de algunas Juntas Provinciales!*<sup>17</sup>

En pocas semanas, las Juntas fraccionarán los contingentes del ya débil Ejército Real en pequeños y descoordinados Ejércitos Provinciales. Las disputas regionales entre unas Juntas que se identifican con los antiguos reinos medievales que configuraron la Monarquía Hispánica restan efectividad al esfuerzo de guerra patriota. Contra ello protestó el mismo marqués de La Romana en diciembre de 1808 desde León, tras su regreso de Dinamarca:

*“La unidad y el valor han de conducirnos al glorioso fin que nos proponemos. No apellidemos nuestros Ejércitos por Provincias, todas las del Reino son España. Gloriémonos pues con solo el nombre de Españoles. Desterremos la voz Mío, y sustituyamos universalmente la de Nuestro. Una es la causa, seamos unos para su defensa. Sean unos los esfuerzos y los auxilios...”*<sup>18</sup>

El Ejército Real se suma en bloque a la rebelión de las Provincias. Comenzando por la Guardia Real y siguiendo por las tropas de línea, sus soldados, secundados por la oficialidad y la inmensa mayoría de los mandos regimentales, desobedecen abiertamente las órdenes de los Secretarios de Guerra y Marina y de la mayoría de los Capitanes Generales y de algunos Coroneles remisos a apoyar la revuelta de las provincias.<sup>19</sup>

Las disensiones entre patriotas (favorables a aprovechar la guerra para convocar Cortes con las que dar los primeros pasos para poner fin al Antiguo Régimen) y los realistas puros o absolutistas, el ominoso recuerdo del anterior “Generalísimo” Manuel Godoy, y el temor de las Juntas Patriotas primero y de las Cortes después, a permitir un poder militar central que pudiese anular el político, hacen imposible el crear un mando militar unificado entre el generalato español.

Una de las características de la Guerra de la Independencia en el bando español fue, también, la carencia de líderes políticos o militares de talla sobresaliente que fueran capaces de dirigir al país. Ello sería un elemento más para explicar los desastres militares de 1808-1810:

*“Gran pueblo, pero sin grandes hombres, ni siquiera durante seis años en las circunstancias más propicias para crearlos”*<sup>20</sup>

Nada más comenzar el conflicto, los viejos regimientos borbónicos serán “reforzados” con miles de nuevos reclutas sin tiempo para ser adiestrados ni disciplinarse, y que, finalmente, mermarán su calidad y resistencia en com-

bate en campo abierto.

Es sintomático de esta realidad el que, dentro del Ejército de la Izquierda de Blake, se considerara como unidad de élite a los restos de la División del Norte, llegada desde Dinamarca, no porque se formara de unidades escogidas, sino por el olvidado hecho de estar integrada exclusivamente por soldados regulares, sin haber sido reforzados sus batallones por la conocida avalancha de nuevos reclutas de leva.

El Ejército Real Español, disgregado en pequeños y aislados cuerpos provinciales, emprende una guerra desesperada (con la mayor parte del país y las principales fortalezas y plazas fuertes ya ocupadas por las fuerzas invasoras) y con pocas probabilidades lógicas de éxito.

Todo ello nos lleva a comprender los informes de los capitanes británicos William Parker, Thomas Dyer, y Charles Doyle (destacados como enlaces y observadores en el Ejército de Galicia) remitidos al Secretario de Guerra Castlereagh, en los meses de junio y julio de 1808. En ellos, hablarán de las perentorias necesidades de abastecimiento y organización del *Ejército Revolucionario Español*, el cual debía de tener un aspecto muy parecido al de aquellos abigarrados ejércitos revolucionarios franceses de 1792.

Tras su “Canto del cisne” en Bailén, el Ejército Español (el primero en Europa que consiga derrotar en batalla formal y hacer prisionero a un Cuerpo de Ejército Imperial) será arrollado en múltiples y repetidas ocasiones por la máquina de guerra napoleónica durante los dos primeros años de guerra en los que intenta combatir a campo abierto. Dueños los franceses del centro peninsular, los pequeños, aislados e improvisados ejércitos españoles, obligados a operar por “líneas exteriores”, aguantarán la mayor parte del peso del conflicto hasta 1812.

Ante la superioridad francesa y obligado a plantear batallas desesperadas en defensa de su territorio (sin posibilidad material, ni política, ni moral de refugiarse en Portugal, como sí podían hacer los británicos ante cualquier revés y como así hicieron entre 1809 y 1812) el Ejército Español acude a la dispersión generalizada tras las batallas en las que es derrotado.

Ningún otro ejército europeo combatió en mayor número de batallas, cosechando tantas derrotas y siendo capaz de recuperarse siempre, volviendo a presentar batalla continuamente.

### **Organización y fuerza del Ejército Real Español**

*“La actitud del pueblo cuando nuestras tropas hacían entrada en sus villas y ciudades, con su aspecto marcial y su alegre música, se caracterizaba por una calma afectada que llegaba, a veces, hasta parecer desdén. Podría creerse que los españoles se habían propuesto no admirarse de nada, y que nuestra pompa guerrera, lejos de deslumbrarles, les producía mediano efecto.*

*No ocurría así con sus soldados, reconocían su inferioridad, pero la consideraban consecuencia de la manera que se les gobernaba, no de*

*falta suya. Por lo demás, no afectaban jactancia, ni debilidad, se les veía tranquilos y resueltos ante nuestras tropas...”* (GRIVEL, Barón de, 1914)

En 1808, a pesar de los sangrientos reveses y enseñanzas recibidos en las Campañas de los Pirineos de 1792-1795, el Ejército Español presentaba una orgánica anticuada, heredada de los modelos prusianos. La inercia gubernativa de la Monarquía Ilustrada absoluta del incapaz Carlos IV, las penurias económicas, el fracaso de los intentos de modernización iniciados por el Secretario de Estado Manuel Godoy y las propias resistencias y apego a la tradición de muchos de los altos mandos aristocráticos del Ejército, contrarios al Duque de Alcudia, hicieron imposible su reforma.

Durante el siglo XVIII los borbones habían desarrollado unas fuerzas militares demasiado grandes y desproporcionadas para lo que un pequeño país como España, con una débil base económica, era capaz de mantener: la Real Armada y el Ejército Real no se adecuaban en tamaño a las posibilidades económicas de la Nación, y de ahí venía parte de su mala situación y desatención material.<sup>21</sup>

Por su parte, Ejército y Marina, consumían a finales del reinado de Carlos IV, el 77% de los recursos de la Hacienda Real. En 1807 se destinaban más de 362 millones para sostener el Ejército Real y 409 millones para la Real Armada. ¡En 1811 apenas había 200 millones para sostener todos los gastos del Estado!<sup>22</sup>

Para agravar la situación, la alianza con Francia mediante el Tratado de Fontainebleau de 1807 llevó a permitir las expediciones a Dinamarca y a Portugal que extrajeron de España a casi 35.000 efectivos. De ellos, casi 18.000 soldados españoles cayeron prisioneros de Junot en Portugal, aunque 9.500 conseguirían regresar antes del escandaloso Convenio de Cintra.

Iniciada la Guerra de la Independencia, la ocupación de la mayor parte del territorio nacional y de las principales ciudades por las fuerzas imperiales, junto con la rebelión de las colonias americanas, hicieron caer la Renta Nacional en más de un 50%. La bancarrota económica de España llevó a sus pequeños ejércitos a la literal miseria, hambre y desnudez. A pesar de ello serían reconstituidos con dispersos y nuevos reclutas, una y otra vez tras cada derrota:

*“... Al primer llamamiento acudían los hombres de todas las provincias, casi desnudos, a las grandes reuniones que ellos llamaban sus Ejércitos; y una vez en estos, el ardiente deseo que tenían de vencer les hacía soportar, con admirable paciencia, las privaciones a que todo el poder de la severa disciplina no hubiera podido someter a los mejores soldados de línea... ningún español se avenía a confesar que España estuviese vencida, y este sentimiento que estaba en el alma de todos, era el que hacía invencible a la Nación”.*<sup>23</sup>

El Ejército Real de la paz, mantenía un número excesivo de generales y jefes<sup>24</sup>, y por el contrario, bajo de oficiales y mandos subalternos por el dis-

pendio económico que suponía pagar tantos sueldos. Ello hacía que en 1808 muchas vacantes estaban sin cubrir. Unos 1.289 oficiales se hallaban agregados sin destinos de mando, y otros 1.519 estaban en situación de dispersos con licencia.<sup>25</sup>

Todo ello, junto con la creación de hasta 305 nuevos regimientos y batallones de “Voluntarios” por las Juntas Patriotas durante la guerra, obligaría a incorporar como oficiales a una gran cantidad de mandos subalternos o a jóvenes hidalgos carentes de los conocimientos indispensables y la práctica para ejercer el mando.<sup>26</sup>

*“Empezaron las Juntas a formar Regimientos, aumentar la fuerza de los que había, y a crear un diluvio (propiamente) de Oficiales sin perdonar la clase de Generales; confieso que la necesidad era grande, que el tiempo era crítico, pero no se puede perdonar la mala elección de muchos”.*<sup>27</sup>

Como veremos, la actuación de muchas Juntas provinciales, en este sentido, fue verdaderamente lamentable. Así, la Junta de Asturias promovió al coronel retirado Vicente María de Acevedo al grado de Capitán General, y en cuatro meses nombró once Tenientes Generales y seis Mariscales de Campo. Para desesperación y asombro de los militares profesionales, en Asturias, y otras muchas zonas de España:

*“Charreteras, galones, fajas y bordados aparecieron por todas partes, y ninguno se creía incapaz de manejar un Ejército, cuanto más una Compañía”.*<sup>28</sup>

Todo ello ocasionaría una rápida merma en la calidad y disciplina de las fuerzas españolas. Así lo certificó sin contemplaciones el marqués de La Romana a la Junta Suprema Central el 14 de octubre de 1809:

*“... Se han confirmado los grados militares y otras gracias concedidas por las Juntas Superiores de Provincia sin examinar la suficiencia, merito, y amor a la Patria de los sujetos en quienes han recaído... siendo muchos ineptos por falta de conocimientos militares, por no haber hecho la guerra, ni haber correspondido al desempeño de los cargos que les confió el Pueblo... ¿Estarán nuestros ejércitos tan escasos de fuerzas, tan faltos de subordinación, tan plagados de oficiales ignorantes y cobardes, tan desprovistos de víveres, tan irregularmente pagados...?”*<sup>29</sup>

Efectivamente, la creación de multitud de nuevos cuerpos de Voluntarios, en lugar de reforzar los viejos regimientos regulares, debilitó, aún más, la situación del Ejército Español:

Año	Unidades Veteranas	Unidades de nueva creación	Totales
1808	139	305	444
1809	340	63	403
1810	290	72	362

Ante esta caótica situación, que llevaba al país y a sus Ejércitos al desastre, los intentos de varios Capitanes Generales para poner coto a semejantes desmanes, recortando la autoridad de varias Juntas Provinciales y enmendando errores cometidos, fueron y son tachados hoy en día, de intolerables intromisiones del poder militar sobre el poder civil. Estamos hablando de las actuaciones del marqués de La Romana contra la egoísta Junta de Asturias, o de Gregorio de La Cuesta contra la rebelde Junta de León y Castilla.

El hecho de que al ser Capitanes Generales tuvieran jurisdicción, más aún en tiempo de guerra, sobre cualquier poder civil en su territorio, o que contasen con poderes y autorización especiales, otorgados por la Junta Suprema Central, dentro de las terribles circunstancias de la guerra en las que tenían que operar, parecen no ser tenidas en cuenta en el juicio de la Historia.<sup>30</sup>

Como veremos también, la falta de buenos oficiales instruidos se dejó notar muy seriamente en los primeros meses de la guerra. Así tenemos, por carta del general Juan Carlos Areizaga al ministro de la Guerra Antonio Cornel tras la batalla de Ocaña, como el comandante en jefe del Ejército Español del Centro exponía una de las causas de la derrota habida:

*“La notabilísima falta de oficiales que siempre se ha experimentado en los Cuerpos, especialmente de Infantería, creo que tiene mucha influencia: ha habido cuerpos que apenas se han hallado con seis oficiales, y no se como pueden tan corto número conducir a los enemigos mil doscientos hombres, mucho menos mantenerlos en orden y tengo por imposible contener el desorden que es consiguiente al peligro...”*<sup>31</sup>

Una situación peor aún tenían muchos de los nuevos regimientos de Voluntarios levantados por las Juntas Patriotas. Así, entre las tropas del general Cuesta en agosto de 1808:

*“Por lo que hace al Ejército de Castilla, que necesita una formal organización, que las circunstancias no han permitido dársela, por falta de oficiales, sargentos y cabos que lo entendiesen, pues hay cuerpo que llega al número de mil hombres, cual es el primero de León, que no tiene más oficial veterano que su digno comandante don José Zapino, Ayudante Mayor del Provincial de León. ¿Cómo es posible que este único oficial pueda instruir esta tropa... en el manejo del arma y evoluciones, sino en el mecanismo de las demás obligaciones del soldado... sobre las cuales descansa todo un Ejército?”*<sup>32</sup>

Por otra parte, en cuanto al elemento organizativo, en 1808 en España no se había adoptado el nuevo “Cuerpo de Ejército” creado por Napoleón. Debido a las malas vías de comunicaciones peninsulares se había creído preferible la más reducida organización Divisionaria. La accidentada orografía española no permitía la facilidad de movimientos ni de suministros que exigía un Cuerpo de Ejército, teniendo la “División” más flexibilidad en el orden táctico y más facilidad en el logístico.<sup>33</sup>

Cuando se reunían varias Divisiones de Infantería bajo un solo mando, al conjunto se le llamaba “Ejército”<sup>34</sup>. Las Divisiones españolas tenían pequeños efectivos y eran, en armamento, material, organización y disciplina muy inferiores a las francesas.

Los Ejércitos españoles se articulan, pues, en Divisiones. La denominada de “Vanguardia” reunía a las tropas ligeras y los cuerpos más veteranos, desempeñando las misiones más difíciles, y aún las mismas de exploración y vigilancia por la escasez de caballería.

El número de batallones por División estaba entre siete y diez, agrupando algunos batallones de línea con otros de Milicias Provinciales y algunos de Voluntarios de nueva creación y de poca solidez. La División agregaba una compañía de artillería con cinco o seis piezas, algún escuadrón suelto de caballería y una compañía de zapadores.

A nivel Divisionario el Ejército Real no dispone, hasta bien adentrada la guerra, de articulación en “Brigadas” (o Secciones según la terminología española). Ello reduce muchísimo su capacidad de maniobra en campaña y lleva a la desorganización y dispersión de las unidades, muchas de ellas bisoñas, al intentar sus generales hacerlas evolucionar por el campo de batalla:

*“Nuestras tropas marchan al enemigo con el mayor denuedo; pero si a su presencia se las hace maniobrar, interpretan la evolución por derrota, se desordenan, y luego la oficialidad ya no es dueña de sus movimientos. A mas de esto ¿de dónde nos ha de venir el conocimiento de las evoluciones, cuando hace un siglo que no hacemos la guerra? ¿qué campamentos de instrucción hemos tenido en España?. ¿Cuándo se ha visto en nuestro Ejército que seis batallones maniobrasen juntos, que tropas de diferentes armas evolucionasen bajo la dirección de un general, aprendiendo en estos ensayos el arte grande y profundo de los movimientos y de la combinación de las diferentes armas?.*

*¿Y en estas circunstancias queríamos vencer a los franceses que hace veinte años tienen las armas en la mano?.*<sup>35</sup>

## 1. La Infantería

La Guardia Real dispondrá de dos nutridos regimientos de Guardias (uno español y otro valón). Cada regimiento se formaba de tres batallones al completo de sus efectivos. Lógicamente, ambas unidades recibían solo a soldados de la mejor presencia y conducta. Bien pagados e instruidos, los batallones de la Guardia desertarán, sin titubear, del servicio josefino para unirse a la causa patriota. A pesar de ser consideradas por algunos unidades de carácter cortesano y ceremonial, mantendrán durante todo el conflicto el excelente concepto que ya habían ganado durante la Guerra de la Convención, destacando por su combatividad y heroísmo en batallas como Gamonal, Medellín o La Albuera.

En los batallones valones recalaban, además de sus naturales, todo tipo de soldados centroeuropeos.

Respecto a la Infantería regular, ella será la sufrida protagonista y reina de la Guerra de la Independencia en el bando español. Razonablemente instruida y equipada al comienzo de la guerra, su valor, entusiasmo y eficacia quedan sobradamente probados en los elogios recibidos por la División del Norte del Marqués de La Romana en sus acciones contra los suecos en el sitio de Stralsund en el Báltico, en agosto de 1807.

El regimiento español de línea tiene una plantilla en paz de 70 mandos y 1.008 efectivos de tropa (en 3 batallones, dos de campaña y otro de depósito e instrucción en retaguardia). En tiempo de guerra suben sus efectivos a 96 mandos y 2.160 de hombres de tropa. Es decir, tras los primeros meses de la guerra y en el mejor de los casos, en las unidades del viejo Ejército Regular, más de la mitad de los efectivos iban a ser reclutas de nueva incorporación y muy bajo adiestramiento.

En la Infantería de línea, al principio de la guerra la media de hombres por batallón (sin contar con los oficiales) era de 428 soldados (el 56,9% de la plantilla). En cambio, los 43 batallones de los regimientos de la Milicia Provincial (que tan buen papel desempeñaron al comienzo de la guerra) presentaban una situación mejor, pues contaban con 574,1 soldados de media. Ello suponía un porcentaje del 96,3% de la plantilla.<sup>36</sup>

Como escasa enseñanza de la Guerra de la Convención contra Francia (1792-95), cada una de las cuatro compañías del batallón español dispone de 8 tiradores (32 en total por batallón), pero sin ningún oficial al mando, y sin estar encuadrados en una unidad orgánica específica. Estos pocos infantes ligeros se verán siempre impotentes para hacer frente a la compañía de *voltigeurs* con sus mandos (140 hombres) de que dispone cada batallón francés de línea.<sup>37</sup>

Tras un intento, en enero de 1809, de establecer el regimiento de línea en dos batallones de ocho compañías (una de cazadores y otra de granaderos incluidas) imitando la orgánica francesa, al final se irá imponiendo la necesidad de agrupar los restos regimentales de batallones minúsculos existentes en un solo batallón de 10 compañías (con una de cazadores y otra de granaderos incluidas). Se imita así la organización del batallón británico de 1808, que se establecerá definitivamente en mayo de 1812.<sup>38</sup>

Por su parte, los viejos regimientos Provinciales de Milicias, desempeñarían un papel tan bueno que serán reformados, el 1 de agosto de 1810, en regimientos de Línea, recibiendo el apelativo de “2º” añadido al antiguo nombre de su Provincia.<sup>39</sup>

La Infantería Ligera, a pesar de su utilidad reconocida, sólo cuenta en 1808 con doce batallones de seis compañías y una plantilla de 1.200 plazas. Su escasez obliga a emplearlos por medidos batallones en las primeras campañas de la guerra, lo que les restó eficacia al encontrarse, las más de las veces, en inferioridad numérica respecto a sus homólogos franceses. Sus efectivos, al ser pocas unidades, estaban más al completo que los de la infantería de línea. En 1808 con una media de 1.138 soldados por batallón (sin incluir los mandos); sus plantillas estaban al pie de guerra, a un 94,8% de los efectivos completos.

Había un claro acuerdo general sobre la necesidad de incrementar la fuerza de la Infantería Ligera, así como de mejorar su instrucción. Un ejemplo claro de esto último fue el adiestramiento especial dado a los regimientos ligeros “1º de Voluntarios de Cataluña” y “1º de Voluntarios de Barcelona” que, en virtud de los acuerdos de Carlos IV con Bonaparte partieron hacia Italia y Dinamarca como aliados. En la División Española de Etruria al mando del general Gonzalo O’Farrill, se imprimió en Liorna (Imprenta de Antonio Vignozzi) en 1806, una breve pero completa *Instrucción que deben seguir los oficiales y Tropa del 1º Batallón de Voluntarios de Cataluña cuando se empleen en Guerrilla como Tiradores*, y que imitaba la reconocida solvencia de los *voltigeurs* imperiales.<sup>40</sup>

Respecto a los diez regimientos de Infantería de Línea Extranjera (seis suizos, tres irlandeses y uno italiano), hay que decir que únicamente los suizos estaban formados por naturales de aquel país. Únicamente dos de estos regimientos sobrevivieron al conflicto, habiendo sido disueltos, destruidos o pasados al bando josefino, el resto.

Por su parte, la “brigada” Irlandesa procedía de un “regalo” de Luis XIV a su sobrino Felipe V de España durante la Guerra de Sucesión Española. En 1808 sus tres regimientos (Irlanda, Hibernia y Ultonia) se integraban casi exclusivamente por españoles, conservando únicamente la oficialidad el origen irlandés, y aún la mayoría de ellos hay que decir que eran irlandeses nacidos en España de segunda y tercera generación.<sup>41</sup>

Idéntica situación presentaba el regimiento italiano de “Nápoles”. Al comenzar la guerra, recibió tal cantidad de reclutas gallegos, que a las pocas semanas y por propia petición de sus mandos, cambió su nombre por el de “Voluntarios de Galicia”.<sup>42</sup>

Durante la guerra, estas unidades serían las escogidas, junto con los regimientos suizos y la Guardia Vallona, para encuadrar, preferentemente a los numerosos soldados extranjeros del Ejército Imperial que desertaban hacia las filas españolas.

## 2. La Artillería

La Artillería estaba dotada de una elitista y muy preparada oficialidad, con una alta instrucción científica y castrense impartida en el Real Colegio Militar de Segovia. El Cuerpo estaba equipado con armamento de calidad y normalizado del sistema *Grimbeaul*. Sin embargo, durante el conflicto, se resentirá por la escasez de ganado de tiro y por seguir, el transporte de sus piezas, sujeto a la contrata de arrieros civiles (hasta bien entrado el conflicto). Todo ello tendrá como consecuencia el que nunca será capaz de alinear en el campo de batalla un número suficiente de piezas, siempre inferiores a las que le presentaba el Ejército Imperial.

Su calidad queda demostrada en los primeros meses de la guerra cuando, a pesar de sus imponderables, supera en acción de guerra a la artillería francesa en victorias como Bailén o Alcañíz. Con los meses, el desgaste en materiales y efectivos humanos, (imposibles de sustituir en un arma tan especia-

lizada y de lenta instrucción), harán que la calidad de esta arma sufra un rápido deterioro.

Como decimos, la artillería española siempre estará muy lejos de alcanzar la proporción ideal dada por Napoleón de 5 piezas por cada 1.000 hombres. Si observamos la composición de las divisiones del Ejército de Galicia en la batalla de Medina de Rioseco y del Ejército de Andalucía en Bailén, veremos que la proporción apenas llegaba a las 5 piezas por cada 4.000 soldados en el primero y de 5 por cada 3.750 en el segundo. En cambio, el Ejército Francés consiguió alinear 5 piezas por cada 2.280 soldados en Rioseco y 5 por cada 2.650 hombres en Bailén.

La Artillería a pie se organizaba en 4 regimientos con 40 compañías<sup>43</sup> (cada una de ellas dotada de seis piezas) y unas 240 piezas de campaña de entre 4 y 12 libras. Se contaba también con otras 21 Compañías Fijas de guarnición en plazas fuertes. Al comenzar la guerra y por razones de economía, apenas había 400 animales de tiro, por lo que existía un déficit de más de 1.300 caballerías, y ello sin contar los tiros de los carros de municiones, y talleres (entre 6 y 8 animales más por cada uno). La escasez de caballos hizo que la mayor parte del ganado empleado fuesen mulos, e incluso a veces se llegaron a utilizar hasta ¡bueyes!<sup>44</sup>

Sobre el papel España disponía en sus arsenales de 6.020 cañones, 949 morteros y 745 obuses de diversos tipos y calibre. Pero para ser utilizados apenas había 6.971 artilleros.<sup>45</sup> Por ello se tuvo que acudir a los artilleros de la Real Armada para completar las baterías de dotación divisionarias del Ejército (en el Ejército de Galicia, en la campaña de Medina de Rioseco, la mitad del personal de sus 5 baterías eran marinos).

### 3. La Caballería

Sabido es que la Guerra de la Independencia “No fue la guerra de la Caballería Española.” Con una crónica escasez de caballos debido a las penurias económicas de la Real Hacienda, carecía de consistencia como Arma operativa. Fue el punto débil y decisivo en la mayoría de todos los encuentros. La mayoría de los regimientos muy raramente puede alinear al principio de la guerra más de dos escuadrones, de los cinco que teóricamente componían la unidad. Igualmente, apenas se puede citar media docena de acciones en las que cumpliera con su deber como se esperaba de ella.<sup>46</sup>

El Cuerpo contaba con veinticuatro regimientos (cada uno integrado por cinco escuadrones con una plantilla de 670 hombres y 540 caballos). Estos cuerpos se dividían en doce regimientos de Línea, ocho de Dragones, y otros cuatro de caballería Ligera (dos de Cazadores y otros dos de Húsares).

Al contrario que en la dura Infantería, la caballería no solía tener problemas para hacerse con los voluntarios necesarios para mantener sus reemplazos. Por ello, su personal de tropa, en general, tenía una buena disposición para el servicio. La falta de caballos de gran alzada y la ausencia del uso de protecciones como las corazas y cascos para el jinete, hacían que los regimientos de Línea no pudieran equipararse (ni mucho menos hacer frente en

combate en igualdad de condiciones) a los coraceros, granaderos caballo o carabineros franceses de la caballería pesada imperial. Por ello apenas había distinción en su empleo entre la Caballería de Línea española y la Ligera.

Respecto a los caballos disponibles en España, parece ser que los únicos válidos y abundantes eran los de pequeño tamaño, aptos únicamente para la Caballería Ligera:

*“Los ejemplares de caballos españoles que he tenido que cabalgar durante alrededor de trescientas millas inglesas, me convencen de que, aunque pequeños, son excelentes y admirablemente capacitados para los húsares”<sup>47</sup>*

Respecto al antiguo cuerpo de infantería montada o Dragones, hay que decir que éste había perdido (al contrario que sus homólogos franceses), su capacidad de combatir a pie con eficacia, quedando asimilado su servicio al de la caballería Ligera y/o de Línea.

En 1808, la media de hombres por regimiento de caballería estaba en 601,6 soldados (sin incluir mandos), el 89,8% de la plantilla, pero con sólo 369,9 caballos (únicamente el 68,5% de la plantilla).<sup>48</sup> Para agravar más la situación, buena parte de los monturas existentes eran de mala calidad, habiéndose destinado las mejores a los regimientos del Cuerpo que habían marchado a Dinamarca y Portugal. Así tenemos que, por ejemplo, el Dos de Mayo de 1808, el regimiento de “Dragones del Rey“, al mando del coronel Juan María Barrios, de guarnición en Madrid, sólo disponía de 130 malas monturas para sus 554 hombres.<sup>49</sup>

La dejadez, el olvido y los ahorros de los años previos a 1808 condujeron a muchos desastres una vez comenzada la guerra:

*“La caballería, este arma que puede llamarse por excelencia el arma de las conquistas; este brazo fuerte de la milicia ... y cuya decadencia lloremos con Lágrimas de Sangre en esta época, a pesar del uso y abundancia con que de ella se sirve el enemigo, de los clamores de los buenos y del esmero de algunos de sus dignos individuos... Un arma que si parece cara a primera vista, paga en un día de victoria lo que tuvo de costa en más de un siglo...”<sup>50</sup>*

Dos grandes batallas libradas, pese a todas las desventajas, por el Ejército Español y que pudieron haber acabado en victoria se trocaron en sangrientas derrotas por la debilidad e inoperancia de los jinetes españoles: Medina de Rioseco (14 de julio de 1808) y Medellín (28 de marzo de 1809). En esta última, una previsible victoria táctica de la Infantería Española que, pese a la bisoñez de la mayoría de sus regimientos, arrinconó contra el río Guadiana a su homóloga imperial tras seis horas de sangriento combate<sup>51</sup>, finalizó en otra derrota cuando la caballería del general Lasalle batió con facilidad a los jinetes españoles. El Ejército de Cuesta fue envuelto por los flancos y masacrado.

En 1808, para los 16.000 jinetes de la caballería española apenas había 11.000 monturas de mediana calidad. Igualmente la proporción ideal napo-

leónica de 1 jinete por cada 6 ó 7 infantes (en Waterloo se llegó a 1 por 4), quedaba muy lejos. En general, muy raramente se alcanzó la proporción de 1 a 10. En Medina de Rioseco el general Blake y Cuesta apenas alinearon ¡1 jinete por cada 29 infantes y artilleros!, y en Bailén, a pesar de ser una victoria española, no se llegó siquiera a la proporción de 1/12. Entre tanto, los franceses desplegaron en dichos encuentros nada menos que 1 jinete por cada 7 infantes y artilleros y 1/5, respectivamente.

Es de reseñar que (al contrario que en la Infantería) la falta de instrucción en esta arma continuó siendo, en general norma no escrita, hasta el final de la guerra. Según cuenta en sus Memorias el fundador del Banco de España, Ramón Santillán (oficial de Caballería en el regimiento Húsares de Burgos durante la guerra) acabando ésta:

*“Nombróse por su coronel al brigadier don José María de Rivas, antiguo jefe del Arma que, mandando el regimiento segundo de Húsares de Extremadura, había sido prisionero en la batalla de Ocaña, pero más acreditado por su valor que por su saber...*

*No sólo ignoraba los más comunes rudimentos de esta Arma, en cuyas filas, no obstante, se había educado como hijo de un Coronel del regimiento del Rey, sino que se manifestaba enemigo de toda instrucción, repitiendo con frecuencia que para la Guerra no había más táctica que romperse la cabeza.*

*En la más completa ociosidad estuvo, pues, sumido nuestro regimiento, hasta que, vuelto a Francia Napoleón desde su destierro de la Isla de Elba, fuimos destinados al Ejército en Aragón...”<sup>52</sup>*

#### **4. Las Academias Militares**

Otra consecuencia de las penurias económicas de los años finales del reinado de Carlos IV fueron la ausencia, y discontinuidad, de las suficientes Academias Militares. Ello hizo que quedase confiada la formación de la mayoría de los oficiales a las escuelas regimentales, dejadas de la mano del interés personal y profesional de cada uno de sus coroneles. La mayoría de dichas escuelas regimentales fomentaban el más rancio tradicionalismo e inoperancia táctica y operativa.

Las Academias Militares eran escasas en número de alumnos, dispersas y sin apenas continuidad al estar sujetas al albur político de los sucesivos Secretarios de Guerra. Durante los reinados de Carlos III y su hijo, hubo establecimientos en Orán, Ceuta, El Puerto de Santa María, Ocaña, Ávila, Barcelona y Zamora. En 1795 se habían reducido a las de Zamora, Barcelona y Cádiz. En 1805 sólo quedaba la de Zamora.

Los profesores era cualificados oficiales y jefes del arma de Ingenieros. Los estudios para las Armas Generales (Infantería y Caballería) duraban 18 meses, y, por desgracia, eran una minoría los cadetes que conseguían obtener una de las 60 plazas (6 para Guardias, 30 para Infantería de Línea y Ligeira, 16 para caballería y 8 para Milicias).

Para las Armas Especiales, la Artillería disponía del Real Colegio de Segovia (con un plan de estudios de 3 años y diez meses, con plazas apenas para entre 60 y 100 cadetes). Por su parte, los Ingenieros disponían de la muy eficiente Academia de Alcalá de Henares (con otro Programa de Estudios de 3 años). Artilleros e Ingenieros eran reputados como los Cuerpos mejor instruidos, siendo equiparables, o superiores incluso, a cualquiera de los mejores ejércitos europeos.

Especial buen recuerdo dejaron las academias de Ocaña y Zamora, señalándose muchos años después, muy por encima de los demás en solvencia profesional, a los oficiales y jefes que de cadetes se habían formado en ellas.<sup>53</sup>

## 5. La Intendencia y La Sanidad

En 1808 el Ejército no disponía de un organismo específico dedicado a su mantenimiento. La Real Hacienda nombraba los Intendentes Militares necesarios que recibían el mando sobre la Administración Civil Provincial y Municipal en aquellos territorios sobre los que se acantonaban o actuaban las tropas.

Cuando el Ejército se movía por zonas ya arruinadas por el paso de otras tropas, o por comarcas montañosas y poco habitadas, (o avanzaba y retrocedía con demasiada rapidez), el sistema fallaba estrepitosamente condenando al hambre y al desabastecimiento a los hombres. Así le sucedió al Ejército de la Izquierda tras su derrota en Espinosa de los Montes.

Por otra parte, en junio de 1808, recién empezada la guerra, las tropas del Ejército de Galicia, deseosas de batirse contra los franceses, en un apresurado y desordenado avance hacia los Montes de León para bajar desde ellos hacia Medina de Rioseco, sufrieron muchas carencias de suministros que motivaron desórdenes y descontento de las tropas hacia sus mandos en la comarca leonesa del Bierzo:

*“Las tropas han padecido en su marcha hasta aquí muchísima hambre y sed; en términos de pasarse días enteros sin comer ni probar vino. Vienen también sin ningún dinero... para llegar aquí no esperaron orden tanto por el ardor que llevan todos de batirse con los franceses, cuanto acosados del hambre que como he dicho han padecido hasta aquí... todo el Ejército se ha echado encima sin esperarse, no hay cosa con cosa. La tropa hambrienta y sedienta por milagro guarda algún respeto”*.<sup>54</sup>

Testigo de los mismos hechos fue Juan José Moscoso, del Estado Mayor de dicho Ejército. Así nos lo relata en sus *Memorias de la Izquierda Militar de España*:<sup>55</sup>

*“..Los Ejércitos tal cual ellos se hallaban después de veinte años de abandono marchaban a cubrir las fronteras de las provincias.... En pocos días se hallaron acampados con un gran numero de paisanos alistados, sin vestuario, sin instrucción alguna y sin tiempo ni proporción para empezarla...*

*El Ejército carecía aun de lo mas preciso; mendigo sin preparativo alguno, sin auxilios, sin dinero, vivía a la merced de las ciudades y partidos de la carrera... Por un País miserable, escaso de recursos, fácil es de imaginar cuales serian los trabajos y miseria de la tropa y oficialidad aquellos días de marcha, continuamente acampados al vivac, sin pan, sin vino, y sin nada...”*

Respecto a la capacidad de movimientos, el viejo Ejército Borbónico no disponía de un sistema de transportes militarizado. El mismo se basaba en tres sistemas que se ajustaban económicamente con empresarios o particulares civiles:

- Los “Bagajes” que se tomaban gratuitamente de pueblo en pueblo (caballerías y carruajes que se utilizaban hasta llegar a la siguiente localidad de tránsito, conducidos por sus dueños que regresaban a sus lugares, una vez realizado el relevo).

- Las “Brigadas de Carros”. Contaban con unos 10 carros tirados por 40 mulas. Dirigidos por un capataz civil. Los carreteros recibían sólo media paga a cuenta para tratar de evitar deserciones.

- Las “Brigadas de Mulas”. Ajustadas con arrieros civiles (como los famosos maragatos leoneses que estaban exentos de levas desde la época de Felipe V a fin de que pudieran prestar estos servicios), contaban con unas 40 mulas cada una.

En cuanto al Servicio Sanitario, los reglamentos de la época estimaban en un 10% los enfermos usuales del total de efectivos de las unidades en época de paz. Los Hospitales se instalaban normalmente en conventos y debía haber un médico por cada 50 ó 60 enfermos. La calidad de los médicos y cirujanos españoles se destacaba, en general, por su profesionalidad y calidad, distinguiéndose por su capacidad de curar heridas traumáticas sin tener que acudir a las temidas, (comunes en otros ejércitos), amputaciones, salvo en los casos más inevitables.

Estos facultativos se formaban en centros de prestigiosa enseñanza médica como eran el Real Estudio de Medicina, el Real Colegio de Medicina y el Real Colegio de Cirugía. Los tres estaban establecidos en Madrid (atendido especialmente por el Estado el último debido a que era el que proveía de cirujanos al Ejército y la Armada).

Con el comienzo de la guerra, hubo de acudirse también a la contratación de médicos y cirujanos civiles.

El servicio se escalonaba según su cercanía al frente de operaciones en:

- Hospitales de Tránsito (a una legua en retaguardia de cada División y con unas 60 camas).

- Hospitales de Curación (a algunas jornadas de distancia).

- Hospitales de Convalecientes (ya en plena retaguardia).

La falta de medios y las urgencias de la guerra, convertían muchas veces estos establecimientos (sobre todo los últimos) en verdaderos focos de nuevas infecciones y enfermedades para los soldados convalecientes, causando

a veces su estancia en ellos un peligro para la salud semejante o peor al de cualquier acción o batalla.

## 6. Los mandos y las tácticas

Un período de paz desde 1795, (en comparación con sus homólogos británicos o franceses en guerra constante desde 1778 hasta 1793), junto con el desprecio a la vecina nación revolucionaria, llevó a desatender el estudio y conocimiento de los nuevos avances militares logrados por Francia, “*de la que nada bueno se podía aprender.*”

De esta manera certificaba en 1808 un joven militar español reformista las escasas enseñanzas aprendidas durante la Guerra de la Convención de 1792-1795:

*“La Infantería nada adelantó, pues aunque se vio con evidencia que su táctica era defectuosísima, sin embargo se ha conservado hasta la época de nuestra gloriosa revolución. La Caballería se contentó con admitir en el número de sus uniformes el de húsar, no conocido entonces en nuestro Ejército. Las tropas Ligeras tuvieron un gran incremento, pero esto no provino ni dimanó de alguna utilidad que se conociese en esta especie de tropa. La Artillería fue la única que se aprovechó de aquella guerra, y el adelantamiento que obtuvo lo debió sin duda a las memorias que escribieron sus oficiales, y a las observaciones que hacían en cada una de las acciones.”*<sup>56</sup>

Por ello, las técnicas de combate en vigor en 1808 estaban ancladas en los sistemas prusianos de medio siglo antes y anquilosados además por décadas de instrucción mecánica y farragosas ampliaciones de los reglamentos. Sin embargo, muy poco decían los tratados teóricos existentes del modo de empleo en el campo de batalla de grandes unidades (Divisiones y Brigadas), así como de la combinación de las tres armas.

En palabras de muchos militares, antes de la guerra se alababa la calidad de un regimiento únicamente por su buena presencia y su capacidad de desfilar y maniobrar en orden cerrado al mejor estilo prusiano.

Acabada la guerra de la Convención, en 1796 y merced a los oficios del marqués de Casa Cagigal, se establecieron en Mérida, Málaga y Ares acantonamientos para la instrucción táctica de las tropas con soldados y oficiales comisionados desde sus regimientos. Su permanencia fue efímera por la caída en desgracia de su promotor. Así pues, los coroneles de cada regimiento continuaron disponiendo a su parecer y capricho de las normas tácticas a seguir, y todo lo aprendido en la reciente guerra fue cayendo en saco roto. A ello se unió la práctica ausencia de tradición militar en la elaboración de Memorias de Guerra y Estudios Militares de Campañas.

*“Si un oficial inteligente se hubiese tomado el trabajo de escribir la historia imparcial de las operaciones de cualquiera de nuestros Ejércitos, encontraríamos en sus observaciones que tal acción se perdió por el lento movimiento de la Infantería y por lo defectuoso de su táctica.*

*Que la caballería dispersó al enemigo por la intrepidez y celeridad con que se decidió a cargar. Que esta misma no correspondió a lo que se esperaba de ella, por la complicación de los movimientos preparatorios que tuvo que hacer antes del combate.*

*Que la artillería que había dirigido sus fuegos con el mayor acierto desde una batería, no tuvo la misma felicidad en las piezas de batallón”.<sup>57</sup>*

A este respecto, la aplastante victoria de Bonaparte sobre el gran Ejército Prusiano en Jena-Auerstaedt el 14 de octubre de 1805, causó una gran inquietud entre buena parte del Alto Mando español y del propio Generalísimo Manuel Godoy.<sup>58</sup>

Así, en 1806, tres regimientos de Línea: Voluntarios de Estado, Órdenes Militares y Voluntarios de la Corona (al mando éste último del brillante Joaquín Blake), recibieron órdenes de pasar a Madrid a fin de participar en los ensayos de la nueva Táctica Francesa de infantería cuyo Reglamento había traducido el mariscal de campo Benito Prado.

Bajo la inspección de los mariscales de campo Antonio Samper y José Navarro, y la presidencia del mismo Godoy, las maniobras desarrolladas demostraron la solvencia de la nueva Táctica adoptada para el Arma. Sin embargo, el que se llegara a aplicar y enseñar en todos los regimientos comportaría mucho tiempo y no pocos problemas.<sup>59</sup>

Hubo casos en que los intentos por introducir las nuevas tácticas de infantería francesa en sus cuerpos se encontraron con la oposición de muchos oficiales. Un ejemplo típico fue el del coronel del regimiento de línea “Soria”, Francisco Cabrera Ramírez, formado como Cadete en la desaparecida Academia de Ocaña, y de guarnición en Palma de Mallorca en 1808. Tras intentar aplicar el nuevo reglamento infructuosamente y con el comienzo de la revuelta patriota fue denunciado por varios de sus oficiales como afrancesado “*molestos con él porque había querido enseñarles la Táctica Moderna*”.<sup>60</sup>

Por otra parte, y respecto al Alto Mando español, en 1808 la edad media de un general español jefe de Ejército era de 54 años, mientras que el jefe de un Cuerpo de Ejército Francés era de 42 años. Ello era una desventaja añadida ante el esfuerzo mental y físico agotadores que los puestos de mando de ejércitos imponían a los generales en campaña.

Ello no fue obstáculo, sin embargo, para que uno de los más activos generales españoles en el comienzo de la guerra, y más respetado por los franceses, Gregorio de la Cuesta (con 68 años en 1808) desarrollase, en el mejor espíritu de Federico II, una táctica ofensiva continua. Sin embargo, todo el agotador esfuerzo realizado en un año de campaña, en las peores condiciones, junto con las heridas recibidas en la batalla de Medellín, llevarían a Cuesta a su agotamiento y a su cese del mando tras un amago de derrame cerebral, luego de la batalla de Talavera.

Un notable fallo de los generales españoles, por otra parte, en los primeros meses del conflicto (incomprensible al librarse la lucha en su propio terri-

torio nacional) fue que se preocuparon muy poco por la obtención de información sobre sus enemigos, avanzando a ciegas muchas veces, (sobre todo en el primer año de guerra). A ello contribuiría en gran medida la falta de caballería, y su mal empleo por falta de instrucción. Estas carencias fueron las causas principales de la derrota de Medina de Rioseco, así como de la imposibilidad española por hacer frente a la contraofensiva del emperador en octubre de 1808.

Por otra parte, a nivel táctico y profesional, algunos patriotas no dudaron en generalizar, con la falta de instrucción y preparación profesional de muchos oficiales del Ejército:

*“Muchos son las causas que contribuyen a la dispersión de nuestros soldados, y a la dificultad de dar una batalla con ventaja y ser vencedores. Pero los principales son tres: Ignorancia, Mala Organización y Falta de Disciplina. La opinión brutal de que para la carrera militar no era necesario saber mucho, contribuyó a que nuestros oficiales se aplicasen muy poco, de lo que resulta esa falta de instrucción y teórica que tanto echamos de menos...*

*¡Qué pocos oficiales hay en nuestros ejércitos que tengan nociones de geometría, táctica, topografía, geografía, historia...!*

*...Hay oficial que en su vida ha reconocido un mapa, y así son muy raros los que se encuentran en nuestros ejércitos, donde también es casi desconocido el uso de imprentas para la más expedita publicación de órdenes, proclamas, avisos, noticias y otras cosas de esta naturaleza que pudieran instruir al soldado y excitar su entusiasmo”<sup>61</sup>*

Esta falta de instrucción existía, como en muchos otros ejércitos de la época, tal vez en mayor grado, pero también es cierto que la misma se agravaba por todos los problemas ya citados que pesaban sobre el Ejército Español.

Aún así a partir de 1810 cada uno de los Ejércitos Españoles establecieron en sus retaguardias varios Colegios Militares (Toledo, Granada, San Carlos, Tarragona, Murcia, Játiva, Santiago de Compostela, Olivenza y Palma de Mallorca) que rápidamente ayudaron a mejorar la calidad de la oficialidad y en los que los méritos profesionales estaban ya por encima de los de cuna.

Las palabras de apertura del Real Colegio Militar de Santiago de Compostela, pronunciadas por su director, el coronel de Ingenieros don Francisco Serrach, a los nuevos cadetes, el 27 de julio de 1812, nos encuadran muy bien la precaria situación con la que había empezado la guerra el cuerpo de jefes y oficiales del Ejército Real, así como los medios con los que se esperaba poder ponerles remedio:

*“El objeto del establecimiento, señores, se reduce a cimentar en tan dignos alumnos la base de un Ejército que en breve pueda competir con los tan decantados de los enemigos. Es apreciableísima la mayor parte de los dignos oficiales del Ejército que subsisten en sus banderas; pero estos nues-*

*tros compañeros de armas no podrían enseñar a vds. con el ejemplo sólo del valor cuanto necesita un joven en los primeros pasos de su carrera...*

*La intención de los jefes que nos mandan es que saquen vds. de este Colegio aquellos principios que en tiempo ya distantes, llenaron de gloria los campos de nuestro amado suelo: Valor, subordinación, inteligencia en la táctica de las diferentes armas que componen un Ejército, cálculo aritmético, exactitud geométrica, máximas de fortificación real y de campaña, ideas de geografía y práctica de dibujo para representar el terreno donde se ha de guerrear, son las que hacen conseguir victorias...*

*Es preciso desengañarse, señores; la guerra es verdaderamente una ciencia para el que debe mandar. Cualquiera expone su pecho a las bayonetas enemigas si está poseído del verdadero valor, pero esto no basta para mandar y disponer. Las sabias combinaciones, los planes bien meditados, son los que deciden las batallas y el feliz éxito de las campañas”.*<sup>62</sup>

Igualmente, desde el Gobierno se dieron los pasos necesarios para ser creado el Cuerpo de Estado Mayor de la mano del general Joaquín Blake y del coronel Moscoso, estableciéndose también el servicio militar universal y suprimiéndose las pruebas de nobleza para acceder al grado de oficial.

A partir de 1811, una vez estabilizada la guerra, los cuerpos españoles comenzarían a realizar intensas y continuas maniobras y ejercicios de instrucción para empezar a aplicar las enseñanzas recibidas a manos de sus enemigos.<sup>63</sup>

### **La Estrategia. La Escuela Prusiana: El concepto ofensivo**

*“En la llanura soy de la opinión de Federico: Siempre hay que atacar el primero”* (Napoleón)

Los generales españoles buscarán obsesivamente el encuentro con el contrario para entablar batalla campal con él. En ello se ve el influjo de las ideas de Federico II. Los principales representantes de esta estrategia serían Gregorio de la Cuesta y Joaquín Blake. Ello explica, en buena parte, que fueran también repetidamente vencidos por los franceses en la mayor parte de los encuentros. Cuesta sería derrotado en Cabezón, Medina de Rioseco y Medellín. Mientras que Joaquín Blake sería vencido también en Medina de Rioseco, Espinosa de los Monteros, María, Belchite, Sagunto y Valencia.

Sólo lograría una victoria en Alcañiz Blake. Y, en unión con los británicos y portugueses, Cuesta en Talavera y Blake en la Albuera.

Sin embargo este concepto ofensivo de los generales españoles es limitado, no busca la destrucción total del enemigo, sino desalojarlo de sus posiciones y lograr su rendición o retirada. Es la clásica concepción bélica del Antiguo Régimen que explica en parte, también, la parsimonia de Javier Castaños en toda la campaña de Bailén.

Esta concepción ofensiva se vio reforzada por los triunfos españoles del verano de 1808 (en Bailén, Zaragoza y Valencia) que obligaron a los france-

ses a replegarse hasta la línea del río Ebro dando a los patriotas una imagen equivocada del potencial militar de España:

*“Los españoles, sin gobierno, sin ninguna comunicación previa entre las distintas provincias, sin tropas regulares concentradas en un punto único, sin fortalezas; es más, ya he dicho que casi sin armas, antes de que hubieran pasado cuatro meses desde la matanza del 2 de mayo, habían ya obligado a los franceses a retirar sus enormes fuerzas de la avanzada posición que habían tenido y a actuar por algún tiempo solamente a la defensiva.*

*Hay que reconocer que todo esto explicaba perfectamente el que en los españoles naciera una confianza excesiva en el éxito, que, según se vio, debilitó después sus esfuerzos... y se arriesgaran a una campaña contra el más grande poder militar de Europa...”<sup>64</sup>*

Uno de los mayores defectos del generalato español fue el de (conociendo las limitaciones de sus tropas) tratar de luchar a campo abierto en busca de la batalla decisiva de grandes proporciones que les habían enseñado en sus carreras militares. Cuesta y Blake fueron los mejores representantes de este espíritu. En cambio, los más prudentes Castaños y La Romana, conocían bien los peligros de esa estrategia:

*“Blak es un buen militar y honrado Español, pero no entendió ni entiende esta Guerra, porque se empeña en pelear con los franceses del mismo modo que si nuestros llamados ejércitos pudiesen medir sus fuerzas con las tropas enemigas, aguerridas, disciplinadas y provistas de todo”<sup>65</sup>*

En cuanto a las tácticas de batalla, la maniobra envolvente, del orden oblicuo prusiano, será la preferida de los generales españoles cuando actuaron en solitario sin la asistencia británica (así se hizo estratégica y tácticamente en la campaña de Bailén). La obstinación española en ejecutar estas maniobras envolventes puso siempre en más peligro a sus propias tropas que a las enemigas:

- Bailén: En las dos alas españolas las órdenes del general Teodoro Reading llevaron al desastre a dos regimientos de infantería de línea: Jaén y Órdenes Militares por la falta de apoyo de la caballería propia al realizar tales maniobras y el ataque de la francesa.

- Espinosa de los Monteros: un intento de flanqueo de la División Asturiana de Acevedo, que avanzaba en línea cerrada sin suficientes tiradores, fue frenado y batido por los *voltigeurs* imperiales que dejaron sin sus generales, coroneles y oficiales a la mayoría de los regimientos asturianos, provocando su desbandada.

- Medellín: Un similar intento de Cuesta para envolver a los franceses por las dos alas, condujo al final a otro desastre por la debilidad de la caballería española y la ausencia de reservas tras la primera línea de despliegue (como señalaba la vieja táctica prusiana, la mayor parte de los efectivos había de desplegarse en la primera línea para efectuar un único y demoledor ataque).

Por el contrario, las tropas imperiales, siguiendo la eficaz táctica napoleónica, buscarán siempre el ataque concentrado y directo al centro de la línea de batalla enemiga.

En este aspecto, la pérdida de calidad de la infantería española con el aluvión de reclutas, recibidos en los primeros meses de guerra, y el débil adiestramiento y pésima instrucción de tiro recibidas, hacen que, en la mayoría de las ocasiones, las líneas españolas se vean impotentes para frenar en combate a las columnas francesas. Tal es así que en abril de 1809 el Cuartel General del Ejército de la Izquierda en Galicia, por orden de La Romana, da instrucciones a todos los Comandantes de División para que las unidades de infantería reforzaran la utilización de tiradores en orden abierto y, sobre todo, que no se emplease la formación de Línea de Batalla en tanto no se pudiera instruir en condiciones a las tropas:

*“Que las Divisiones ataquen en Columnas llevando muchos tiradores, que se vayan continuamente reforzando, antes que se retiren las Guerrillas.*

*Que no se haga fuego de Línea sino en los casos extremos, y cuando el enemigo se presente también en Batalla y a tiro”.*<sup>66</sup>

Sin embargo, a nivel individual y a pesar de todas las deficiencias de instrucción y disciplina, el soldado español era un digno oponente a las fuerzas imperiales. De extracción mayoritariamente campesina y habituado a una vida dura y de trabajo, su valor, paciencia y sobriedad eran la mejor materia prima para hacer de él un excelente soldado si tenía buenos mandos y si había unos mínimos medios para equiparlo, instruirlo y alimentarlo (siempre muchos menos que los que necesitaban británicos o franceses).

Un acertado juicio del soldado español nos lo da el general francés Maximilian Foy que combatió contra ellos durante la Guerra de la Independencia:

*“El español ha recibido de la naturaleza la mayor parte de las cualidades para hacer de él un buen Soldado: es Religioso, y la religión al elevar los pensamientos de los hombres, les prepara para la abnegación y para una exaltación moral al sacrificio en todos aquellos momentos en que la guerra ofrece ocasión.*

*Es calmado y se deja llevar por los principios de la justicia; es subordinado por naturaleza, si la orden no es absurda; es susceptible de ser llevado al entusiasmo por un jefe hábil y capaz. Su sobriedad es extrema, su paciencia a toda prueba. Vive con una sardina o con un trozo de pan untado de ajo, la cama es para él algo superfluo, está habituado a dormir en el duro suelo a la luz de la estrellas. Después de los franceses, los españoles son los primeros en ser capaces de hacer grandes marchas o de franquear montañas. El Soldado español no es murmurador, ni intrigante, ni pendenciero, ni libertino, se emborracha muy raramente. Es menos inteligente que los franceses, pero más que los alemanes o los ingleses. Ama a su Patria, de la que habla con entusiasmo...”*<sup>67</sup>

Hay que señalar también una virtud de los generales y tropas españolas (pocas veces citada) y que habla mucho en su favor: en seis años de guerra, y excepto tras las rendiciones de ciudades sitiadas y una batalla menor como Uclés (13 de enero de 1809), ningún Ejército Español fue nunca copado ni obligado a rendirse en bloque por las fuerzas imperiales. Los generales españoles conocían bien los éxitos de tales maniobras napoleónicas frente a austriacos y prusianos y procuraron (apoyándose siempre en la capacidad de realizar grandes marchas y en la escabrosidad de la orografía peninsular) no caer nunca en ellas.

Respecto al adiestramiento de la Tropa, éste dejaba bastante que desear. La instrucción de tiro era muy deficiente; el soldado recibía anualmente 40 onzas de pólvora (1,120 kg), 10 balas de plomo y 4 piedras de chispa (se realizaban 10 disparos con bala y 70 de fogueo). Los reclutas disponían de 12 onzas de pólvora (336 gr), 6 balas y dos piedras durante su primer año (realizando 6 disparos con bala y 24 de fogueo). El rendimiento individual de tiro era muy bajo; se estimaba que sólo uno de cada 100 disparos daba en el blanco. Antes que en la puntería individual se hacía mayor énfasis en la rapidez para realizar todos los movimientos de carga y disparo al unísono y a la orden de batallón.<sup>68</sup>

Por ello, la táctica española de infantería consistía en tratar de cerrar distancias cuanto antes con el enemigo para cargarle a la bayoneta, lo cual muy pocas veces conseguirán hacer los infantes españoles durante la guerra. Precisamente dos de las victorias logradas por los ejércitos hispanos a lo largo de la guerra, Tamames (1809) y San Marcial (1813), se decidieron, tras varias horas de batalla y fuego, con varias cargas a la bayoneta de las líneas españolas contra las francesas.

Así lo recomendaban ya, en junio de 1808, los veteranos vocales militares de la Junta del Reino de Galicia al general Joaquín Blake días antes de la batalla de Medina de Rioseco:

*“Las Tropas de Galicia en un ataque harán mejor la guerra llegando a las manos, o con el arma blanca... en el fuego y en el uso de cañones podrán excedernos los franceses, pero serán deshechos seguramente si se les hace la guerra del modo que queda indicado, y con el cual ya los Granaderos Provinciales en Italia se hicieron temibles a sus enemigos”.*<sup>69</sup>

Dichas recomendaciones demostrarían su validez durante dicha batalla y, en particular, en la victoriosa carga a la bayoneta de los dos batallones de granaderos reunidos de la 4ª División del marqués de Portago contra la artillería de la Joven Guardia de Bessières.<sup>70</sup>

En conclusión, podemos afirmar que el Ejército Español de maniobrabilidad lenta (reducida al paso de su artillería, dotada con poco ganado de tiro) será casi siempre desbordado por el Cuerpo de Ejército Francés. Siempre estará en peligro constante de ser cortado por la poderosa caballería imperial, ante la cual la española, siempre inferior en número y calidad, apenas se podrá oponer.

La moral del soldado español de infantería se resentirá por ello, sabedor de que quedará abandonado a su suerte en las primeras fases de la batalla, sostenido sólo y en el mejor de los casos, por una eficiente pero poco numerosa artillería, y siendo capaz sólo de resistir desde fuertes posiciones naturales que impidan o limiten la actuación de los jinetes franceses (así se conseguirían las victorias de Tamames, Alcañiz y San Marcial).

### **Mayo y junio de 1808. El Levantamiento Patriota: Revolución y Guerra**

Con el comienzo de la revuelta patriota, cuatro Capitanes Generales serán asesinados por la multitud tras negarse a reconocer a Fernando VII o parecer sospechosos a los amotinados: el de Extremadura Conde de la Torre del Fresno (30 de mayo), el de Andalucía Francisco María Solano (29 de mayo), el de Galicia Antonio Filangieri (24 de junio), y el del Departamento de Cartagena Francisco de Borja. Otros tres son destituidos (el de Valencia marqués de la Conquista, el de Zaragoza Guillelmi, y el de Canarias marqués de Casa Cagigal). Dos más son obligados, bajo amenazas de linchamiento, a sublevarse (Gregorio de la Cuesta en Valladolid y Ventura Escalante en Granada).<sup>71</sup>

Al comienzo de la guerra, tanto las Juntas Patriotas como aquellos generales que carecían de tropas regulares en sus territorios (véase Cuesta), inician una frenética actividad de levadas para levantar multitud de nuevos cuerpos de Voluntarios. Si aplicamos los estudios hechos sobre las fuerzas patriotas leonesas, levadas en el verano de 1808, podríamos hablar, entre el total de hombres alistados, de un 35% de voluntarios, un 53% de reclutas forzosos, y un 12% restante que tuvieron que ser alistados a la fuerza.<sup>72</sup>

Estos nuevos batallones y regimientos de infantería, relativamente baratos y sencillos de alistar, serán mandados por nuevos oficiales improvisados y sin ninguna preparación militar la mayoría. Representarán para la Junta respectiva una formidable arma que puede manejar mucho más dócilmente que los generales, mandos y regimientos profesionales del viejo Ejército Real.

Tratando de imitar el éxito revolucionario francés de la leva en masa, se buscó en estos primeros meses más el número que la calidad e instrucción de las tropas llevadas al combate. Estas movilizaciones tumultuarias llevaron a la paradoja de la imposibilidad para las Juntas patriotas de armar, vestir y equipar a tales contingentes de civiles por la falta de medios y dinero. Los resultados, a pesar del entusiasmo mostrado por algunos de estos cuerpos de Voluntarios, fueron decepcionantes. Así lo certificaron varios testigos como el vocal de la Junta Suprema Central, el famoso ilustrado Gaspar de Jovellanos

*“Sólo buscamos el número, y no es el número sino la destreza quien hace vencer”.*

En la provincia de León, cuya Junta reclutó más de 8.000 hombres para formar 12 nuevos batallones de infantería (improvisando jefes y oficiales<sup>73</sup>)

hubo voces críticas y que dudaron, con fundamento que se verificaría en las semanas posteriores, del éxito de esta pretendida leva tumultuaria y en masa:

*“Se colocó en los empleos civiles y militares a los que tenían de ambas partes más empeños, más descaro, y muy raras veces a los que tenían más talentos y más virtudes. No querían más que soldados para destruir la Francia, sin tener la disciplina y las demás circunstancias para ello”*<sup>74</sup>

Era ésta un tipo de guerra nunca visto antes en España, una guerra total, muy alejada de las del Antiguo Régimen. Comenzaba en medio de una revolución contra los invasores y buena parte de las propias clases dirigentes españolas. Así lo manifestaba la Junta Patriota de León a la de Galicia solicitándole ayuda el 6 de junio de 1808:

*“...Apenas tiene recursos para ocurrir por pocos meses a la manutención de ellas (las tropas de voluntarios) y a costear los infinitos gastos que ocasiona la Guerra de esta clase emprendida tumultuariamente sin principios ni reglas”*.<sup>75</sup>

Con todos estos efectivos y a pesar de las dificultades, en el verano de 1808, se lograrán constituir ocho Ejércitos Principales que recibirían los nombres de su zona de creación y despliegue: “Galicia”, “Cataluña”, “Aragón”, “Andalucía”, “Valencia”, “Murcia”, “Extremadura”, “Asturias” y “Castilla”.

Posteriormente, el 2 de octubre de 1808, la nueva Junta Suprema Central da la orden (para evitar los celos y rivalidades regionales entre las diversas Juntas Provinciales y sus Ejércitos) de fusión de varios de los anteriores, suprimiéndose los nombres territoriales de los mismos en favor de simples denominaciones “espaciales” (aparecerán así el “Ejército de la Izquierda” al mando de Blake y La Romana, el del “Centro” al mando de Castaños, el de la “Derecha” bajo el general Vives y el de “Reserva” dirigido por Palafox).

En total, integrarán apenas a 130.000 hombres que no podrán hacer frente (luego de Bailén) a la contraofensiva del Emperador con 240.000 veteranos adiestrados.

Respecto a los problemas de deserción experimentados por estas nuevas unidades de Voluntarios (que aparecen rápidamente), éstos hay que enmarcarlos en la corrupción y exenciones indebidas concedidas por las Autoridades Municipales y Juntas Provinciales.

Así tenemos el caso de los nuevos regimientos de Voluntarios levados por la Junta de León. En su camino hacia Valladolid y Segovia en septiembre de 1808, sus batallones comenzarían a sufrir deserciones. Los indignados coroneles del 1º y 2º de Voluntarios, José Antonio Zapino y José Baca, informan a la Junta:

*“...En sus tres primeros días de marcha han experimentado una fuerte deserción, pues el Primero cuenta con más de cien hombres de baja, y el 2º con la de sesenta, manifestándome que según la producción de todos en general, son causantes a este delito las muchas exenciones que injus-*

*tamente se han conseguido por el fraude de que se valen para sorprender a los Señores de la Junta con documentos falsos, siendo los principales que corroboran estos, los Curas en sus certificaciones, y las Justicias... que disimulan estos fraudes”.*<sup>76</sup>

También, a veces, la desertión venía por la resistencia a combatir alejados de sus provincias y familias (la idea de Nación comunitaria es todavía débil entre las clases populares que la identifican con la fidelidad y servicio a la persona del Rey). Sin embargo, la principal causa detectada serán las penosas condiciones de vida en las filas del Ejército Español:

*“Estos infelices Soldados claman por las mudas de sus camisas, porque las que tienen puestas son las que han sacado de esa; de suerte que se ven llenos de piojos; lo que no se como no les obliga a desertarse, como lo han hecho muchos por esta razón...”*

*Tengo la tropa desnuda y descalza, y si no fuese por los 300 capotes que he recibido, acaso se me hubieran muerto de frío en la penosa marcha a la Carretera de Castilla... Tengo muchos hombres desarmados y se enferman muchos por el poco abrigo y escasas raciones...*

*Sólo tengo 286 fusiles útiles, los cuales por falta de aceite no están corrientes la mayor parte de ellos, y sólo 37 bayonetas”.*<sup>77</sup>

El oficial británico Whittingham, que servía como observador en la Plana Mayor del general Javier Castaños, tuvo, a pesar de sus simpatías por la causa española, una muy profesional y desfavorable impresión (en carta del 28 de octubre de 1808 al general William Bentinck) de las tropas españolas que defendían Logroño. Fuerzas compuestas en su mayor parte por nuevos regimientos de Voluntarios Leoneses y Castellanos:

*“El Ejército de Castilla... constaba de unos 11000 hombres, pero para hacerse una idea de su composición sería absolutamente necesario haberlo visto. Eran una gran masa de pobres campesinos, mal vestidos, mal organizados y con pocos oficiales que mereciesen tal nombre. El General y los oficiales de mayor graduación no tienen la mayor confianza en sus tropas; y lo que es peor todavía, los hombres no tienen confianza en sí mismos. Esto no es una exageración sino un fiel retrato”.*<sup>78</sup>

Sin embargo estos mismos “pobres campesinos”, encuadrados por veteranos del viejo Ejército, a los que aludía Whittingham eran los mismos a los que pudo contemplar días antes en Segovia el diplomático británico Charles Stuart y su secretario Charles Richard Vaughan. La impresión de fuerza y moral que observaron en las noveles tropas del Ejército de Castilla, al mando del Teniente General Francisco de Eguía, difiere mucho de lo que se contaría de las mismas cuatro semanas después en Logroño. El hispanófilo y romántico Vaughan nos transmite un inapreciable y vívido retrato de aquel ejército patriota:

*“En Segovia nos encontramos con el ejército del general Cuesta, que, según nos dijeron, constaba de unos ocho mil soldados nuevos, recluta-*

*dos entre los campesinos castellanos y leoneses, y de un destacamento de caballería regular, de los que no estaban equipados para el servicio más de quinientos, constituyendo todos el ala izquierda de la línea española que avanzaba hacia el Ebro. La infantería vestía el atuendo de los campesinos, con la chaqueta adaptada al estilo militar y los que, en lugar de gorro, llevaban sombreros redondos de ala ancha, les habían doblado hacia arriba un lado con la escarapela nacional. Los que poseían mosquetones nos pasaron marchando en muy buen orden, pero una gran proporción de estas tropas carecía de armas. El tipo de los campesinos castellanos era de mediana estatura y más que fuerza mostraban dinamismo; en sus semblantes había una cierta distinción y grandeza, y, aunque la mayor parte de ellos provenían de las labores agrícolas, estaban alertas y eran correctos en sus movimientos militares”<sup>79</sup>*

Por encima de los discursos inflamados de la propaganda fernandina y de muchos historiadores del Siglo XIX, la unanimidad y el patriotismo se quedaban, a veces, en meras palabras una vez pasado el entusiasmo inicial. La situación económica de España era tan precaria y las carestías tan grandes, ya antes de comenzar la guerra, que, una vez iniciada ésta, quien primero sufría estos males eran las propias tropas españolas, desabastecidas y muertas de hambre en su propio país en muchas ocasiones.

Si el ejército expedicionario británico del general John Moore sufrió estas deficiencias en su retirada invernal hacia La Coruña, hay que anotar que las tropas españolas padecieron una situación mucho peor aún. Así lo denunció el marqués de La Romana en León a las autoridades civiles tras la retirada de Espinosa de los Monteros:

*“La presente guerra no es del Ejército, es de la Nación entera y nos obliga, no solo a tomar las armas; sino también a franquear generosamente nuestros bienes....*

*A los ejércitos que trabajan por la salud de la Patria, por sostener como es debido la Santa Religión que profesamos, defender los legítimos derechos de nuestro augusto Rey..., evitar a nuestros hermanos los males que sufren, y por último, por nuestra propia Libertad e Independencia, no se les asiste, ni se les auxilia por las Justicias y vecinos, se les deja perecer de hambre, ven con la más reprensible indiferencia su desnudez y miseria, y ni con el dinero se les facilita el pan y demás víveres, ni hay un vecino que se preste voluntariamente a conducirlo a los puntos en que se hallen las Tropas, y, lo que es más reprensible, que aun el simple cubierto para reposar de sus fatigas, se les da con el mayor desagrado”<sup>80</sup>*

A pesar de los suministros en armas, vestuario y dinero proporcionados por Gran Bretaña<sup>81</sup>, las penurias continuarán durante toda la guerra. Se dará el caso de soldados a los que se tiene que permitir ausentarse durante varias semanas para marchar a sus casas a dotarse de calzado, o de regimientos al completo que tienen que ser retirados de las líneas del frente en las montañas de León, enviándolos hacia la retaguardia en Galicia, al no poder ser alimentados sobre el terreno en los inviernos de 1810 y 1811.<sup>82</sup>

## **El Ejército Español en campaña. De Bailén a Talavera**

*“Si estos hombres hubieran sabido batirse como sabían morir, no habríamos traspasado tan fácilmente los Pirineos”* (ROCCA, A. de, 1815)

En el verano de 1808, al producirse el levantamiento patriota, el Ejército Español mostraba un despliegue disperso y periférico a fin de hacer frente a previsibles ataques británicos en las costas peninsulares y sus archipiélagos, no para combatir a una invasión francesa, cuyas fuerzas concentradas ocupaban ya el interior del país y las fortalezas fronterizas.

Los imperiales dominarán desde el principio y durante casi toda la Guerra (hasta el verano de 1813) el centro peninsular (Madrid) y sus líneas interiores, consiguiendo así una notable ventaja estratégica. Por el contrario, ello obligaba a las fuerzas españolas, más débiles siempre cualitativa y numéricamente (y sin apenas caballería digna de tal nombre con la que operar en las llanuras de Castilla) a actuar dispersas y divididas por líneas exteriores.

El levantamiento patriota, de claros tintes revolucionarios y antiseñoriales en sus comienzos, junto con la llegada de miles de reclutas y nuevos oficiales habilitados de extracción civil, llevó a un relajamiento de la disciplina y a una frecuente insubordinación de las tropas en los primeros meses de la guerra contra sus mandos. En más de una ocasión los generales y jefes se ven obligados por sus soldados a combatir en contra de su voluntad, para no ser tachados de cobardes o traidores, con lamentables consecuencias las más de las veces. Así Castaños tuvo que renunciar a su plan original de fortificarse en Bujalance para completar la instrucción de su ejército antes de enfrentarse a Dupont porque las tropas querían luchar, registrándose incluso, un conato de motín.

En el mes de julio de 1808 tendrían lugar las dos primeras y grandes batallas dadas por el Ejército Español contra los Imperiales: Medina de Rioseco y Bailén.

### *Medina de Rioseco (14 de julio de 1808)*

Sobre esta batalla que abrió la guerra, son muy reveladores los testimonios, en 1811, de varios oficiales de Estado Mayor de los antiguos Ejércitos de Galicia y de Castilla que estuvieron presentes en la misma: De los 23.733 hombres que presentaron Blake y Cuesta en la batalla, nada menos que 10.473 eran campesinos gallegos, leoneses, castellanos y asturianos recién alistados, sin uniformar, con apenas cuatro semanas bajo las armas y un muy deficiente adiestramiento. Algunos de ellos dispararon su fusil por primera vez el día de la batalla:

*“... Atento el Estado de los soldados que componían nuestras Divisiones; estas eran de dos clases, la una de soldados llamados veteranos porque llevaban algunos años de servicio, pero bisonños al fuego, y por lo mismo muy arriesgado y antimilitar estrenarlos sin descanso ni preparación con una batalla.*

*De estos, no obstante, hubo una gran parte que se defendieron como héroes... la 2ª clase de los que formaban nuestras filas, eran hombres, que el que mas, estaba alistado hacía 24 días, sin más armas que un fusil, cuyo uso no conocía, pues bayoneta no llevaban los mas, por no tener donde, y los que la tenían no conocían su uso, sin cartuchera, sin resguardo alguno en su Cabeza, y en fin, sin saber cargar ni disparar un fusil por no haberlo hecho jamás, ni haber sido posible enseñárselo, por la precipitación con que se anhelaba sacrificarlos... Hubo no pocos soldados que cargaron sus fusiles con la pólvora sobre la bala.”<sup>83</sup>*

El Capitán de Infantería López de Barañano del regimiento de Voluntarios de Estado, huído de Madrid tras el Dos de Mayo junto con uno de sus cadetes, se puso a las órdenes del general Gregorio de La Cuesta. Éste le nombró enseguida, Sargento Mayor del Tercio de Benavente; nueva unidad formada de campesinos recién sacados de sus casas. Años después dejó escrito sobre los hombres que componían el batallón que llevó al combate en Rioseco:

*“...El dicho Ejército había pasado a Rioseco con lo que proseguimos la marcha hasta la citada villa donde nos presentamos al General. Al cadete le nombraron Ayudante de uno de aquellos Tercios de Paisanos, y a mi Sargento Mayor del 2º de Benavente compuesto de gente que acababa de venir de sus casas y no sabían siquiera girar; aquella misma noche los dieron cartuchos.”<sup>84</sup>*

Sin embargo, y a pesar de ello, en la batalla, las tropas españolas se ganaron el respeto de sus oponentes, como así nos relata el general francés Sarrazin:

*“Los españoles hicieron una brillante defensa. Aunque más de la mitad de su Ejército estaba compuesto de nuevas levadas, su entusiasmo y coraje, suplieron a la instrucción y la experiencia, dejando indecisa la batalla durante largo tiempo. Bessières tuvo que acudir a una estratagema para vencerlos.”<sup>85</sup>*

Otro general francés, ya citado, Maximilian Foy, no dejó de hacer justicia a los dos improvisados ejércitos españoles de Galicia y Castilla:

*“La batalla de Rioseco no fue en absoluto deshonrosa para los españoles: eran más numerosos y fueron derrotados, pero disputaron la victoria. Eran una muestra del viejo Ejército Español, y demostraron lo que eran capaces de hacer. Fue un gran reto para un ejército nuevo probar sus fuerzas, por primera vez contra tropas curtidas en la guerra como eran las francesas...”*

*Desprovisto de caballería, Blake se aventuró en terreno abierto contra 1.500 jinetes, conducidos por el general Lasalle, uno de los mejores generales de caballería que Francia jamás haya tenido...”<sup>86</sup>*

*Bailén (19 de julio de 1808)*

Respecto a Bailén hay que reseñar que fue una batalla en la que la fortuna acompañó, por una vez, a los generales españoles. El Cuerpo de Ejército francés del general Dupont, fracasado en su misión de llegar a Cádiz, se retiraba hacia Despeñaperros luego del saqueo de Córdoba. Dividido en su marcha en varios destacamentos, fue rodeado por las tropas españolas de las Capitanías de Andalucía y Granada (compuestas por soldados regulares).

Entablada la batalla entre dos fuerzas muy aproximadas en número y a pesar de la inferioridad española en caballería, la artillería patriota consigue imponerse a la francesa; las líneas españolas de infantería se ven libres así, de su fuego y con la moral intacta y perseverancia, vencen todos los intentos franceses de abrirse paso hacia el norte. Agotadas sus fuerzas, y llegado Castaños a la retaguardia de Dupont, los franceses capitularán. En un primer momento, para evacuar España como en la Convención de Cintra, pero al final las autoridades patriotas les mantendrán, acertadamente, como prisioneros. Recluyéndoles después en el infierno de Cabrera.

*Las Batallas de Gamonal (10 de noviembre de 1808), Espinosa de los Monteros (10 y 11 de noviembre de 1808), y Tudela (23 de noviembre de 1808)*

Tras la victoria en Bailén y la retirada de las fuerzas imperiales a la línea del río Ebro, las fuerzas patriotas perderán dos meses preciosos para reforzarse y atacar de nuevo, antes de la llegada de los refuerzos franceses con Bonaparte en persona.

Las discusiones políticas entre las Juntas Patriotas y las rivalidades y celos del generalato español lo hicieron imposible. Cuando comience la contraofensiva de Napoleón, los débiles y confiados Ejércitos Españoles irán perdiendo, una a una, cada batalla entablada. El Ejército de la Izquierda es derrotado el 11 de noviembre en Espinosa de los Monteros, el de Extremadura lo es en Burgos el día anterior, el del Centro es vencido en Tudela el 23 de noviembre, el de la Derecha, en Cataluña, en Molins de Rey el 21 de diciembre, y, posteriormente, desecho del todo en Valls en febrero. Por su parte, el Ejército de Reserva será destruido en la hecatombe de Zaragoza, tras dos meses de asedio, gracias a otra nueva incompetencia, esta vez, de Palafox.

A las puertas de Burgos, en el bosque de Gamonal, un intento del pequeño e improvisado Ejército de Extremadura, al mando del conde de Belveder, para detener el avance del mariscal Soult acaba en una completa derrota. Sólo hay que mencionar que a los 958 jinetes españoles, los franceses, dirigidos por Lasalle, oponen nada menos que 4.253 veteranos cazadores a caballo y dragones. La mayoría de los soldados españoles eran campesinos recién alistados, sin uniformar, mal disciplinados y adiestrados:

*“...Sólo habían llevado, desde su salida de Extremadura, un grande sentido patrio, de defensa de la tierra que les había visto nacer, y tristemente... de su Rey”<sup>87</sup>*

De esta manera, en diciembre de 1808, el Emperador, tras forzar el puerto de Somosierra, logrará entrar en Madrid. La Corte, ciudad abierta y sin defensas, opondrá también (caso único de entre las capitales europeas ocupadas por Bonaparte) una valerosa, (y condenada al fracaso), defensa durante los días 3 y 4 de diciembre.<sup>88</sup>

Así, batidos y dispersos todos los Ejércitos Españoles, con el ejército auxiliar británico del general John Moore llegado tarde desde Portugal (y aquí vemos que no sólo los Ejércitos Españoles eran lentos de movimientos) y reembarcado en Vigo y La Coruña, todo parecía mostrar a Europa la derrota de España. Sin embargo, para sorpresa de muchos, empezando por el propio Bonaparte, España y sus Ejércitos continuarían luchando.

Al comenzar 1809, la situación de los Ejércitos españoles es desastrosa. Han dejado de existir como fuerzas operativas. Sin embargo consiguen burlar el cerco francés y retirarse al interior de España.

Durante estas apresuradas retiradas invernales, tanto el Ejército de la Izquierda de Blake y La Romana, como el del Centro de Castaños, sufrirían un terrible desgaste al ser emprendidas por terrenos montañosos para evitar a la caballería francesa (Cordillera Cantábrica y Sistema Ibérico y Sierras de Cuenca).

Un testigo británico, el médico Henry Milburne, en su marcha de avance hacia León desde La Coruña en diciembre de 1808, se encontró con varios destacamentos de heridos españoles del Ejército de Blake en retirada:

*“Encontré gran número de enfermos y heridos españoles en mi viaje desde La Coruña, particularmente entre Lugo y Villafranca, acompañados por hombres armados en no mucho mejor estado que aquellos a los que escoltaban. Los hombres y oficiales exhibían una apariencia de miseria y fatiga extrema”*.<sup>89</sup>

También el capitán británico del Ejército de John Moore, Alexander Gordon del 15º de húsares, fue testigo del terrible estado de las tropas españolas, ahora ya al mando de La Romana, cuando ambos Ejércitos se encontraron en Astorga:

*“La ciudad, en efecto, se encontraba ocupada por las tropas del Marqués de La Romana, por lo que nos resultó difícil encontrar alojamientos. Esta fuerza española constaba de unos seis mil hombres en las condiciones más deplorables. Estaban mal vestidos, muchos sin zapatos e incluso sin armas; una fiebre pestilente los diezmaba; habían estado sin comer durante muchos días, y apenas tenían dinero... en casi todas las casas de Astorga había alguno de ellos muerto o moribundo...”*

*Por la noche uno de sus piquetes vino al patio de la casa que ocupábamos para calentarse en una gran hoguera que habían preparado nuestros húsares. Hablé con alguno de los soldados; mostraban signos de desnutrición y agotamiento; decían no haber comido durante tres días, y cuando les dimos los restos de nuestra comida y dinero para comprar vino, sus expresiones de gratitud fueron muy grandes.”*<sup>90</sup>

En estos testimonios suelen pararse la mayoría de los historiadores británicos a la hora de enjuiciar la pretendida falta de combatividad de las fuerzas españolas en aquellos meses. Habría que recordar que cuando el general Moore inicia su retirada desde Sahagún, después de la victoria en Bailén los ejércitos españoles habían librado ya más de seis batallas en solitario contra lo mejor del Ejército Imperial, con Bonaparte al frente (Zornoza, Balmaseda, Espinosa de los Monteros, Gamonal, Tudela, Molins de Rey...), siendo derrotado en todas ellas, pero evitando ser cercados y rendidos.

En particular, las tropas del Ejército de la Izquierda, que los británicos contemplaban en Astorga, habían librado en el espacio de cinco meses otras tantas batallas, sin conseguir vencer en ninguna. Lo admirable hubiera sido el pensar que tras la primera en Medina de Rioseco hubieran podido seguir buscando al enemigo, empujándole (durante el verano de 1808) hasta Vizcaya, para seguir presentándole una tras otra batalla.

Así pareció percibirlo otro testigo británico en Astorga, el sargento Anthony Hamilton del 43º de Infantería Ligera:

*“Se debe también recordar que este valiente y sufrido grupo aguantó sus innumerables privaciones con estoica paciencia; que constantemente mostraban, incluso en la más profunda adversidad, un coraje y devoción completos a la causa por la que luchaban, por la que estaban dispuestos a sufrir y a derramar su sangre”*<sup>91</sup>

Esta penuria y desabastecimiento de suministros se siguió repitiendo durante toda la guerra. Dos años después en Badajoz, el autor del famoso *“El Duende de nuestros Ejércitos descubierto por un buen patriota”* exclamaba:

*“Por más valiente y disciplinado que sea el soldado, jamás peleará con valor sino está bien vestido y alimentado... Es un dolor ver que los defensores de nuestros derechos, nuestros bienes y nuestras vidas, esos mismos que con sus pechos sirven de muralla contra la rapacidad de un enemigo feroz, se hallan sumergidos en la más humillante miseria. ¡Qué entusiasmo ni que valor tendrá un hombre hambriento, desnudo y envilecido!”*<sup>92</sup>

Por otra parte, en Navarra había tenido lugar, el 23 de noviembre, la gran batalla de Tudela entre las fuerzas españolas del general Javier Castaños y las imperiales al mando del mariscal Lannes, que acaba en la previsible derrota para el Ejército del Centro.<sup>93</sup>

Incapaz de socorrer a Madrid, con un ejército hambriento y desmoralizado, el paciente y hábil Castaños conseguirá librarlo de caer prisionero de las tradicionales maniobras de flanqueo del ejército imperial. El general español consigue retirarse hacia Calatayud y Sigüenza ante la presencia de Ney, Lannes y el propio Napoleón en persona. A pesar de ello, Castaños es culpabilizado de la derrota y destituido del mando del Ejército por la Junta Central el 29 de noviembre.

Toma el mando el Duque del Infantado. La revista que hace de sus tropas en la mañana del 4 de diciembre no puede ser más descorazonadora para los jefes españoles:

*“Vi un Ejército destrozado, y unas tropas que presentaban el aspecto más lastimoso. Unos descalzos enteramente, otros casi desnudos y todos desfigurados, pálidos y debilitados por el hambre más canina (hubo muchísimos que en ocho días no vieron el pan; y llegó la miseria y el hambre a tanto, hasta la entrada en Guadalajara, que fueron demasiados los que en los caminos y montes quedaron muertos de hambre), parecían más bien cadáveres ambulantes que hombres dispuestos a la defensa del patrio suelo”*.<sup>94</sup>

La situación de indisciplina y desmoralización de las tropas había llegado a tal extremo que Castaños hubo de defenderse en un Consejo de Guerra de las acusaciones de traición hechas por sus propias tropas. Afortunadamente en los meses posteriores pudo reestablecerse la situación. Castaños se defendió así:

*“La voz Traición ya no significa lo que antes: traidor es un General que no ataca cuando se le antoja a un soldado o a un cualquiera que está a doscientas leguas del enemigo, traidor si se retira el Ejército que va a ser envuelto; traición se dice si alguna vez falta pan al soldado; traición si el enemigo ataca, porque se supone ha sido avisado por el general en jefe para entregarle el Ejército, y traidores todos los jefes si se pierde una acción. Por este mismo estilo son traidores los Alcaldes, las Justicias, los Magistrados y el Gobierno, si se oponen, no apoyan al capricho de cualquiera que por malicia, enemistad o venganza levanta esta voz contra otro”*.<sup>95</sup>

### **La campaña de 1809. Esperanzas y nuevas derrotas: batallas y sitios**

A pesar de todo, España resiste animada por la expulsión de la montañosa Galicia de dos Cuerpos de Ejércitos Imperiales al mando de los mariscales Soult y Ney en la primavera de 1809. Los franceses serán derrotados por las acciones combinadas de guerrilla popular y pequeñas ofensivas de las recuperadas fuerzas regulares de La Romana. Los británicos mandan nuevos refuerzos al norte de Portugal que es liberado de nuevo de la presencia francesa.

Si embargo, a pesar de todo, 1809 veremos que acabará con peores resultados que el mismo año anterior. El Ejército Español reemprende en 1809 la lucha en solitario y las derrotas se suceden en el nuevo año:

- El nuevo 1º Ejército de la Derecha es deshecho en Valls en abril muriendo su general al mando de Teodoro Reding. El 2º Ejército, al mando de Blake consigue una meritoria victoria en Alcañiz el 23 de mayo, pero es derrotado a posteriori en María, 15 de junio y en Belchite tres días después dispersándose totalmente.

- El ejército de la Mancha al mando de Javier Venegas, tras ser incapaz de colaborar con Cuesta y Wellington en la campaña de Talavera, es derrotado en Almonacid el 11 de agosto, y luego deshecho totalmente en Ocaña el 19 de noviembre. Andalucía queda abierta a la libre invasión de las fuerzas imperiales.

- El Ejército de la Izquierda, al mando ahora del Duque del Parque, tras conseguir expulsar de Galicia a los Cuerpos de Ejército de Ney y Soult, logra una brillante victoria en Tamames el 18 de octubre, y arrollar de nuevo a los imperiales días después en Medina del Campo el 23 de noviembre, pero, escaso de caballería es derrotado en Alba de Tormes cinco días después, dispersándose la mayor parte de sus fuerzas.

Ya en la acción de Medina del Campo la caballería española había sido arrollada por la francesa, salvándose la jornada gracias a la serenidad y valor de la Infantería. Como el mariscal de campo Francisco Javier Losada (Comandante de la 1º División del Ejército de la Izquierda) informó días después al Capitán General de Galicia (Nicolás Mahy) tras la derrota:

*“Todo el Ejército insulta a la Caballería, y hasta los mismos franceses han dicho a las guerrillas de Infantería: -Ya sabemos que son valientes, no os expongáis que vuestra Caballería no os ha de socorrer-”*.<sup>96</sup>

Por su parte, el general Cuesta, que había sido arrestado por la Junta Suprema Central, es repuesto al mando del Ejército de Extremadura, disperso tras la derrota de Gamonal. En pocas semanas conseguirá reconstituirlo, con muy pocos medios, llevándolo al combate en busca de otra “batalla decisiva”, cuya victoria, por muy poco, no podrá conseguir. En la batalla de Medellín, la infantería ligera española aprendió la lección de los meses pasados, hasta el extremo de conseguir empujar a los *voltigeurs* imperiales contra sus líneas (19 de julio de 1809).

Más numeroso en su infantería, aunque poco adiestrada, Cuesta plantea una batalla de envolvimiento que consigue hacer retroceder a las fuerzas francesas de Víctor. Al final, la debilidad de su caballería, de nuevo, le lleva a una sangrienta derrota en la que el mismo será herido.

En una carta interceptada a un oficial del estado mayor del general Víctor, luego de la batalla, se podía leer:

*“En Medellín hemos tenido últimamente una función magnífica. El General Cuesta, que es el mejor General de los Españoles, vino a presentarnos la batalla. Trabada la acción, logró Cuesta con sus maniobras flanquearnos el ala izquierda en la extensión lo menos de un cuarto de legua, y habiéndonos hecho cejar hasta el río, estaba ya para apoderarse del puente, con lo cual nos hubiera cortado la retirada, tomándonos la artillería y derrotado completamente nuestro Ejército. Pero nuestro General Latour-Maubourg, aventurando el todo por el todo, hizo entonces cargar su caballería sobre la línea enemiga, que avanzaba en el mejor orden posible, acribillándonos a descargas de metralla y fusilería. A veinte pasos estábamos ya, y ellos con bayoneta calada esperándonos a pie firme, cuando su caballería que estaba en columna cerrada detrás de ellos para sostenerlos, dio una media vuelta, la infantería empezó a replegarse, y desde entonces todo fue una matanza continua hasta la noche.”*<sup>97</sup>

El oficial de húsares francés Rocca, presente en la batalla de Medellín, rindió homenaje a unos enemigos capaces de recuperarse rápidamente de semejante derrota:

*“El Gobierno español no se dejó, sin embargo, abatir por tan grandes reveses. Como el Senado Romano, que, después de la batalla de Cannas, dio las gracias al cónsul Varrón por no haber desesperado de la salvación de la República, la Junta de Sevilla declaró, por un decreto, que Cuesta y su Ejército habían merecido bien de la Patria, y les otorgó las mismas recompensas que si hubiesen sido vencedores... Quince días después de la derrota de Medellín, el Ejército Español, repuesto de sus pérdidas, y con cerca otra vez de 30.000 hombres, vino a ocupar delante de nosotros los pasos de las montañas”*.<sup>98</sup>

Por su parte, en la batalla de Almonacid del 11 de agosto de 1809, sucede otro tanto. El Ejército de la Mancha al mando del general Venegas, tras fracasar en su cooperación con Cuesta y Wellington en la campaña de Talavera, será también batido por los imperiales. Se vuelven a repetir los errores de base que llevan a una nueva derrota. Así lo certificaba años después en sus *Recuerdos* el coronel Pedro Girón presente en la misma:

*“Los enemigos, ocupadas las Alturas de la izquierda, nos habían tomado ya el flanco, y marchaban por el llano para envolvernos. Un general hábil y acostumbrado a mandar en medio del conflicto de las batallas, hubiera podido hacer aún muchas cosas, y de contado un cambio de frente a retaguardia sobre el ala derecha, pero ni nuestros generales ni nuestras tropas saben maniobrar, y no culpo al bizarro general Venegas de no hacer lo que nadie le había enseñado ni sabía, pero el hecho es que no hizo nada...*

*En general hubo valor, pero faltó la dirección, o más bien el hábito de mandar grandes masas”*.<sup>99</sup>

Igualmente, se repitió una rápida retirada que evitó la persecución y cerco francés pero que degeneró en otra dispersión generalizada:

*“...Todo iba bien: las tropas marchaban con orden, y se podría llamar a aquella operación una verdadera retirada; pero como el calor era excesivo, así que, no siguiéndonos ya de cerca los enemigos, llegamos a un paraje donde había agua, como a dos leguas del campo de batalla, no hubo posibilidad de contener al soldado, y allí empezó una dispersión o retirada en desorden que son las geniales a los españoles y quedó muy poca gente en las banderas de todos los batallones”*.

A ella siguió, según Girón, otra rápida concentración y recuperación de las tropas españolas, para consternación de los generales y soldados franceses. Si era relativamente fácil derrotar a campo abierto al Ejército Español, era muy difícil destruirlo del todo:

*“El efecto moral de este descalabro no fue tan funesto como era de temer; las tropas creyeron que otra vez podrían batir al enemigo; y los*

*pueblos también; y no hubo nada perdido salvo los hombres que quedaron allí; pero en esta especie de guerra, nadie se paraba en esto, ni el gobierno, ni los pueblos; el objeto de todos era vencer, y echar de España a los franceses, sin reparar en lo que nos costase”.*

Respecto a los famosos Asedios a ciudades, hay que anotar que los mismos (Zaragoza y Gerona principalmente entre 1808 y 1809), si bien retuvieron tropas francesas en el norte de España, y supusieron notables inyecciones de moral y gran crédito para la causa patriota dentro y fuera de España (hasta el extremo de convertirse en mitos), desde el punto de vista militar fueron rotundos desastres que pusieron fuera de combate a miles de escasos soldados instruidos de los que no se podía prescindir.

A pesar de la leyenda, la mayor parte de los famosos defensores y caídos en el segundo Sitio de Zaragoza eran soldados y oficiales del Ejército Regular. En los débiles muros de aquella ciudad hallaron la capacidad táctica para resistir a los franceses que su falta de instrucción y medios les impedían desarrollar, las más de las veces, a campo abierto:

*“Si Zaragoza resistió 62 días en medio de las tristes ocurrencias que la oprimieron dentro de su recinto, bien podrá graduarse su constancia... Más de 30.000 soldados, la flor de nuestros Ejércitos, 160 piezas de artillería, sesenta mil fusiles, todo se perdió en Zaragoza. Quinientos oficiales yacen bajo aquellas ruinas venerables.*

*Tantos sacrificios... libraron de la invasión enemiga las provincias meridionales de España.”<sup>100</sup>*

Algunos autores certifican que el Ejército Español contabilizó unas bajas de unos 106.000 soldados, jefes y oficiales muertos sólo en Sitios y Asedios de Ciudades durante el conflicto (Zaragoza, Gerona, Badajoz, Tarragona, Ciudad Rodrigo, Astorga, Valencia, Tarifa...) En contraposición, “apenas” sufrió 80.000 muertos en batalla.<sup>101</sup>

### **El comportamiento táctico del Ejército Español en combate. Campañas de 1808 y 1809**

Para valorar este importante factor, vamos a acudir a un pequeño y valioso documento, redactado e impreso, durante la retirada del Ejército de la Izquierda, en noviembre de 1808, por uno de sus más famosos y valiosos jefes de Estado Mayor, el Teniente Coronel Juan José Moscoso.<sup>102</sup> En el mismo, este militar intentaba transmitir a sus compañeros, tras las sangrientas experiencias extraídas después de cuatro batallas habidas contra los franceses (Medina de Rioseco, Zornoza, Valmaseda y Espinosa de los Monteros), todas las deficiencias que las tropas españolas habían de subsanar para evitar nuevas derrotas:

*“...He visto a nuestras tropas batirse con el mayor ardimiento; pero batirse, por falta de práctica, con no suficiente conocimiento; sin saber oponer sus fuerzas del modo conveniente, necesario, igualando las situa-*

*ciones; las he visto presentar siempre su pecho descubierto, su cuerpo todo a quien cauteloso, más experimentado no adelantaba sino ligeros brazos sin ofrecer objeto. Este ha sido el mal.”*

Ante la táctica francesa de avanzar en columnas precedidas de fuertes líneas de tiradores, “*siempre desparramados y sin ofrecer masa notable*”, que van fijando y flanqueando a la línea de batalla española, y dañando sus grandes masas con un fuego certero, la táctica española propia de la infantería prusiana de Antiguo Régimen presentaba una respuesta inadecuada:

*“Nuestra Divisiones forman en batalla (línea) para recibir a los enemigos; adelantan sus guerrillas en corto número, no bien manejadas, sin caja ni corneta para entenderse, y en vez de sostenerse se baten en regla contra los que se adelantan y en lugar de ser reforzadas continuamente de las reservas que deben de dejar siempre detrás, se repliegan a corto tiempo sin ningún género de orden, en absoluta dispersión, sin cuidar de su colocación en los claros de los Batallones, o a retaguardia de ellos, a fin de reunirse y volver a cargar por donde y cuando convenga.”*

La escasez de tropas de infantería ligera de cobertura deja siempre a las líneas españolas en desventaja frente a los franceses en todos los combates trabados. Además, y a pesar del valor y coraje empleados, la falta de instrucción y órdenes precisas de las tropas ligeras merman su rendimiento final:

*“Por desgracia se ha introducido el abuso de retirarse a voluntad, sin volver más al fuego, creyendo haber llenado su deber con haber abierto la acción, batiéndose delante de sus divisiones, abandonándolas, algunas veces, totalmente después.”*

En unas breves líneas, traza Moscoso la secuencia modelo de combate habido en, prácticamente, todas las batallas trabadas con las fuerzas imperiales; la mayoría de ellas siempre perdidas:

*“Inmediatamente rompe el fuego la línea de batalla sobre un puñado de hombres, sin poder ofender la columna enemiga que se mantiene fuera del alcance, o dentro con poco riesgo, pues presenta poco frente. Las punterías por esta razón no son acertadas, y por carecerse absolutamente de la práctica de tirar al blanco, las municiones se consumen inútilmente, porque se tira antes de tiempo; las armas se calientan, y disminuyen sus alcances; las piedras se rompen; los tiros van faltando, y entretanto, la columna enemiga sin pérdida y sin hacer fuego se va acercando; las municiones empiezan a escasear, crece ya el número de muertos y heridos; y las tropas sin conocer su clarísimo error, es preciso que empiecen a vacilar, y sea muy difícil contener su retroceso y desorden.”*

La necesidad de contar con más tropas instruidas en combate de guerrillas se muestra como de una urgencia ineludible. El viejo modelo orgánico de la División Española con batallones separados de infantería de línea y de ligera, se muestra ya inoperante:

*“Además de los dos batallones ligeros que ordinariamente tiene cada división es indispensable en el modo actual de hacer la guerra (la mayor parte en forma de tropas ligeras) que cada Batallón tenga ejercitada una compañía o mejor todas, para hacerlas alternar en este servicio, tanto para el orden general de la batalla, como para cuando tiene que trabajar solo en acciones particulares.”*

Otro joven mando español, el teniente coronel Javier Cabanes, manifestó también por escrito en esas semanas, a sus compañeros de milicia, las razones de tantas derrotas:

*“Siendo nuestras tropas bisoñas y mal organizadas, fue un error presentarlas a un enemigo, cuyos ejércitos tienen la mejor disciplina, y cuyos generales cuando no fuese sino a fuerza de experiencia, deben conocer a fondo el arte de mover las grandes masas y el sistema de las líneas de operación...”<sup>103</sup>*

José Moscoso acaba su impreso certificando la necesidad de modificar los métodos de adiestramiento de las tropas, fijando en seis puntos todo aquello que se había de mejorar a toda costa:

*“La instrucción de los Reclutas, de los Conscriptos de los Ejércitos debe arreglarse y acomodarse a las circunstancias; el rigor y la prolijidad, la precisión en los movimientos, evoluciones y manejo del Arma pertenecen al tiempo de paz y tranquilidad. En tiempo de guerra, en situaciones en que los sucesos se alcanzan unos a otros, y apenas puede haber lugar para la reunión y organización general de los Ejércitos es de absoluta imposibilidad el seguir el mismo sistema... reducidos únicamente, a la carga con viveza, a la puntería con firme certeza, y al conocimiento de las distancias al poco más o menos a que puede y debe tirar alto, bajo o apuntando al centro del objeto.”*

Dicha realidad estaba muy presente en las mentes y actitudes de reforma de la enseñanza castrense, de muchos de los militares más ilustrados y mejor formados del Ejército Español:

*“Ustedes mismos que la mayor parte han presenciado con tanto honor acciones ya parciales, ya generales, ¿cómo podrían dudar de esta verdad?. Ustedes, pues, deben ser testigos de que la excesiva distancia, por ejemplo, en que operen las guerrillas respecto a sus masas, hace que aquellas no puedan llenar su objeto de despejar el terreno, avisando con oportunidad a los cuerpos a que pertenecen, para que prevengan sus operaciones.*

*Habrán vds. visto muchas veces que por no haberse verificado un despliegue a tiempo, ha entrado la confusión y el desorden. En cuantas circunstancias habrán vds. notado que por no poder obrar la caballería con oportunidad, ya por su distante posición, ya por la calidad del terreno en que debiera haber maniobrado, se han ocasionado mil desastres a nuestros compañeros de armas? (...) ¿Cuántos de vds. habrán sido testigos de que una*

*orden mal entendida o mal ejecutada por un solo subalterno, ha cubierto de luto los campos que deberían haber quedado sembrados de laureles...”<sup>104</sup>*

Por desgracia, en plena guerra, y con un Gobierno Patriota en permanente estado de bancarrota económica, eran muy difíciles de conseguir los medios para poner remedio a tales males. No obstante, en el seno de los futuros 6º y 4º Ejércitos Españoles que actuaron durante la guerra en el noroeste peninsular, en los años venideros, Moscoso y los diversos Comandantes en Jefe bajo los que sirvió (La Romana, Mahy, Santocildes, Castaños y Freyre), conseguirían aplicar bastantes de estos preceptos. El resultado se vería en las brillantes actuaciones de las tropas españolas en las batallas de San Marcial y Toulouse en 1813 y 1814, respectivamente.

### **Enseñanzas y autocrítica de los mandos españoles**

A finales de 1809 un ominoso futuro parecía cernirse sobre la causa patriota. Tras el espejismo de Bailén las derrotas se habían sucedido para los ejércitos españoles. Con toda lógica, la guerra ya se había perdido dos veces: la primera en el invierno de 1808, la segunda tras la infructuosa campaña de Talavera, con la nueva retirada de los británicos hacia Portugal, y la derrota del último gran ejército español en Ocaña el 11 de noviembre (acompañada días después por la de Alba de Tormes) que dejaba abierta la invasión de Andalucía.

Lo sensato hubiera sido pedir la paz, así lo hicieron rusos, austriacos, prusianos... Pero la nueva Nación que nacía y su Ejército no se rindieron... y siguieron combatiendo. Éste era el pequeño aspecto positivo en medio de tantos desastres:

*“Si la fiera tenacidad y la delirante ambición de Bonaparte no le alucinase echaría de ver, desde luego, la imposibilidad de sujetar a España. Con una batalla dio la ley a la Prusia; con otra atrajo a su partido al incauto emperador de la Rusia; otra destrozó al Austria, precisándola a firmar una paz vergonzosa, y todo fue obra de pocos meses. Hace dos años que sus tropas están en España, donde entraron con astucia; han ocupado con viles artificios las plazas fuertes de nuestra frontera y el Portugal, y nos han ganado veinte y dos o veinte y tres batallas, cada una de las cuales hubiera obligado a cualquiera otra potencia a someterse. ¿Y qué ha adelantado con esto Napoleón?. Perder 150.000 hombres, que no es fácil pueda reemplazar y hallarse en el mismo estado, o peor, que cuando la Nación se declaró contra él.*

*Mientras tanto nuestros oficiales adquieren experiencia; los soldados se hacen aguerridos; y nuestros ejércitos toman consistencia, mejoran su organización y se perfeccionan. Conseguido esto, ¿qué será de los franceses, si derrotados tantas veces han adelantando tan poco?, ¿qué sucederá cuando nosotros los derrotamos dos o tres veces?”<sup>105</sup>*

A comienzos de 1810 era ya aceptado por la mayoría de los generales españoles, incluido el propio Cuesta, el gran error cometido en querer

ganar la guerra con la búsqueda de nuevas batallas decisivas como la de Bailén:

*“El frenesí de querer dar batallas ha sido general hasta ahora entre nosotros; pero es forzoso que confesemos que para una operación de esta clase sabemos aún muy poco el oficio, y nuestra tropa no tienen aún toda la organización y disciplina que son necesarios.”*<sup>106</sup>

A partir de 1810, tras el gran desastre de Ocaña, los generales españoles renuncian a la estrategia de dar grandes batallas. No desaparece el Ejército Español, como falsa y repetitivamente escriben memorialistas y pretendidos historiadores. Al contrario, multiplica su actividad en una guerra de manio-bras, pequeñas acciones y desgaste, a la espera de ganar tiempo para reconstituir sus Ejércitos e instruirlos mejor. La nueva derrota cosechada en 1811 por Blake en Sagunto, que llevó a la caída de Valencia, no hizo sino reforzar esta convicción.

Cuando llegase el momento de librar nuevas batallas decisivas, éstas habrían de darse en conjunción con las fuerzas de Wellington. Así lo defendieron y llevaron a la práctica generales prudentes como Castaños y La Romana.

Las fuerzas patriotas, tanto del Ejército Regular como de las partidas de Guerrilla, pasarían a concentrarse en librar un nuevo tipo de guerra, menos vistoso, de resultado más largo, pero también más seguro: debilitar al enemigo atacando pequeños destacamentos y dificultando las comunicaciones, el cobro de impuestos y requisiciones de víveres. Una nueva guerra sin grandes batallas campales. Así lo certificaba en Asturias general Pedro de la Bár-cena:

*“No me meto a farolero porque la experiencia me ha enseñado que no nos conviene obrar sin probabilidades de ventaja. En efecto, los soldados entran bien en una acción que acaba pronto, pero si encuentran una resistencia que exceda de hora y media, no tienen la constancia necesaria para continuar; si algunos reculan un paso, todos siguen su ejemplo y retornan pronto a sus casas. Lo que es necesario, en mi opinión, es enviar partidas sacadas de los cuerpos de ejército y mandadas por oficiales experimentados, con órdenes de efectuar marchas rápidas, de atacar por sorpresa los lugares en donde más confiado se halle el enemigo, sin pensar en un peligro próximo, y volver enseguida”*.<sup>107</sup>

Las tesis defendidas por La Romana o Castaños llevaron a plantear, pues, una guerra de pequeñas acciones y desgaste, esperando ocasión favorable para plantear “batallas decisivas”, en las que sólo la asistencia de las fuerzas aliadas de Wellington daban posibilidades reales de victoria.

Así lo argumentaba La Romana a su subordinado Nicolás Mahy desde Oviedo en abril de 1809, en plena sublevación gallega contra las fuerzas de Ney:

*“Amigo Mahy (...) crea que uno, aunque poca, tiene alguna experiencia de la guerra y ha leído y meditado sobre ella; esos vapores de atacar*

*sin calcular los medios y tener asegurada la probabilidad de la victoria, no deben escucharse, ni darles mérito; y no haremos poco si empleando con oportunidad nuestras pocas y miserables fuerzas logramos embarcar al enemigo en La Coruña (...) Yo creo que Vd se persuadirá de la sinceridad de mis sentimientos (...) y que procuraría por todos los medios disipar todas las habladurías del Ejército, sobre si avanzamos o si no avanzamos, acuérdesese Vd. de Fabio Máximo que nunca se atrevió de presentar batalla ni a descender en llano, provocado por Aníbal; le cubrieron de dicterios, pero salvó a Roma”.*<sup>108</sup>

## Conclusiones

Con la historia de aquel conflicto en perspectiva, podemos afirmar que el Ejército Español llevó la mayor parte del peso de la Guerra en España (muy por encima de las tropas británicas o portuguesas). No se trata aquí de restar méritos a nadie, sino de reivindicar aquellos que siempre se han sustraído a las fuerzas regulares españolas. Ya hemos establecido que sin la conjunción de los tres ejércitos aliados y la guerrilla, el resultado de la guerra hubiese estado más indeciso.

De especial gratitud histórica debe ser para los españoles la decisión portuguesa de seguir combatiendo en España cuando Portugal ya se había visto liberada de los imperiales en 1811. Gratitud devuelta, sólo en parte, con la heroica resistencia de Ciudad Rodrigo y Astorga en 1810, cuyos sitios dieron tiempo a preparar las defensas de Torres Vedras y salvar a Portugal.

Recapitulando y sin contar los sitios y asedios, de las 22 batallas libradas durante la Guerra de la Independencia, los españoles combatieron solos en 15, perdiendo 11 y ganando 4 (Bailén, Tamames, Alcañiz y San Marcial).<sup>109</sup>

Por otra parte, de los 45 grandes combates y acciones habidos durante aquellos seis años, el Ejército Español luchó en solitario en 30, perdiendo 20 y ganando 10. Ningún otro ejército europeo tuvo tal capacidad de resistencia ante tal número de reveses, sin perder el ánimo y siguiendo combatiendo, sin pensar nunca en la rendición o el armisticio. Ello es un hecho.

Ante la superioridad francesa las tropas españolas acuden a la dispersión generalizada tras las batallas, para volver a reconstituirse una y otra vez. El Ejército Español, se ha abastecido y sostenido por los suministros británicos, y reforzado tras las líneas francesas, por numerosos contingentes de guerrillas, militarizadas la mayor parte de las dignas de tal nombre.<sup>110</sup>

A pesar de todas sus limitaciones y descabros, las tropas españolas desempeñarán el papel oscuro y sucio de fijar y erosionar, con una guerra de movimientos y pequeñas acciones, a la mayor parte del ejército imperial francés en España, que, de otra manera, hubiera barrido a Wellington de la Península.

Muchos generales y políticos españoles, fueron aprendiendo bien, que, a pesar de las derrotas sufridas, en la terrible situación en que se hallaba el país, con un Gobierno débil que apenas controlaba una cuarta parte del territorio nacional, sin poder contar con la mayor parte de los recursos económicos en manos imperiales, y con muy pocas ayudas llegadas de sus colonias

americanas (que aprovechan el momento para sublevarse contra su desventurada metrópoli), el conseguir organizar un nuevo ejército, y llevarlo al combate, aun sabiendo muchas veces, que seguramente se iba a perder la batalla, era ya una pequeña victoria. Demostraba al enemigo, y al propio Pueblo español que su Ejército no se rendía.

Como tiempo después escribiría Pedro Girón, sobrino del general Castaños y Marqués de las Amarillas, por entonces coronel de Infantería:

*“Forzoso es también que no nos hagamos ilusión y convengamos en que ni nuestros generales ni nuestras tropas podían luchar en grandes masas con las del primer Capitán del Siglo...”*

*La resistencia era más por el honor que por la victoria...*

*Descuidada, si no vilipendiada la carrera militar, olvidado el Ejército, sin instrucción su oficialidad, falto de Estado Mayor activo e inteligente, incapaces los Generales, sin escuela ni medios de estudiar su profesión... ¿Qué podían dar de si sino desgracias y derrotas, lo que por mucho tiempo dieron?. Todos sabíamos esto, pero era preciso pelear para aprender a vencer y empezar por ser vencidos para salvar a nuestro país.”<sup>111</sup>*

Muchos años después, en 1854, un famoso autor, muy ajeno al campo de la Historia Militar, Karl Marx, supo, sin embargo, hacer un juicio muy perspicaz y de gran valor, sobre el Ejército Español de 1808-1814:

*“El Ejército Regular Español, aunque derrotado en todas partes, se presentaba en todos sitios. Dispersado mas de veinte veces, siempre aparecía dispuesto a hacer de nuevo frente al enemigo, y a menudo, reaparecía con fuerzas renovadas después de una derrota. De nada valía derrotarle, porque, presto a la huida, sus bajas solían ser pocas, y en cuanto a la pérdida de terreno, le tenía sin cuidado. Se retiraba en desorden a las sierras, volvía a reunirse y reaparecía indefectiblemente cuando menos lo esperaban, robustecido con nuevos refuerzos y en condiciones, si no de resistir a los ejércitos franceses, al menos de tenerlos en continuo movimiento y de obligarles a diseminar sus fuerzas.*

*Más afortunados que los rusos, los españoles no tuvieron siquiera necesidad de morir para resucitar de entre los muertos.”<sup>112</sup>*

Tras casi dos siglos y en el juicio de la Historia, podemos pensar si por parte española ¿pudo hacerse otra cosa?. Con los medios que había seguramente que no: falta angustiosa de dinero, ausencia de un mando unificado hasta el nombramiento de Wellington como Generalísimo, Ejércitos hambrientos y desnudos de equipo..., sabido es que en la guerra no hay cabida para la improvisación.

El Tribunal Militar que juzgó la conducta, a petición propia, del Conde de Belveder en la batalla de Gamonal nos lo certifica. Sus juicios de valor y conclusiones (exonerando de la derrota al Comandante en jefe español del Ejército de Extremadura) son extensibles a la mayor parte de las nuevas tropas patriotas españolas levadas al comienzo del conflicto:

*“Por la naturaleza de las Tropas... hubiera sido un obstáculo insuperable para que después de batidos, hubieran verificado su retirada en orden. El Terror inevitable que los soldados bisonños sienten a sufrir el fuego, y el horrible estruendo del Cañón, los pone en fuga las más de las veces, y solo puede evitarlo la fuerza de la disciplina. ¿Y pudiera someterse a ella un cuerpo animado de un espíritu revolucionario, y cuya 3ª División casi se dispersó y fugó por haber oído decir que el General Castaños había incorporado algunos Batallones de Voluntarios a otros de Tropas vivas?”*<sup>113</sup>

La siguiente reflexión con la que continúa el Tribunal Militar, nos da todo un clarividente cuadro de la casi imposible misión con la que se encontraron los militares profesionales españoles, y (las Juntas Patriotas), en los comienzos de aquella guerra contra las fuerzas imperiales. La situación, para desgracia de la España patriota, se repetiría durante los años siguientes en demasiadas ocasiones:

*“No debe olvidarse que cuando un Pueblo pasa de un Gobierno a otro, la anarquía reina en el tiempo que media hasta consolidar el nuevo Gobierno, y extiende su influjo a todos los Cuerpos del Estado. Solo la energía de las nuevas Autoridades pueden encadenar aquel Monstruo, y establecer el Orden Social sobre bases sólidas. Esta observación meditada y desenvuelta en todas sus relaciones, descubrirá la causa de la gran dificultad que han experimentado los Generales para establecer, en iguales circunstancias, una Severa Disciplina en los Ejércitos que les están confiados.”*

Al final y como afirmaba el autor del *Duende de nuestros Ejércitos*, el desgaste de las fuerzas imperiales en España, junto con el agravamiento de la situación de Bonaparte en el resto de Europa tras 1812, llevaría a su posterior derrota. Derrota “oficializada” en aquellas dos o tres “batallas decisivas” que el mismo autor reclamaba con esperanza. Sin embargo éstas no pudieron ser protagonizadas por los Ejércitos Españoles. Las batallas de los Arapiles (Salamanca para los británicos) y Vitoria fueron conseguidas fundamentalmente por las fuerzas angloportuguesas.

El ejército aliado se llevará los mayores laureles en la guerra y en el “protagonismo historiográfico” de aquel conflicto, al plantear y vencer en las batallas decisivas, cuando las condiciones para hacerlo eran las más favorables.

El honor de las Armas españolas quedaría a salvo con las batallas de San Marcial, el Paso del Bidasoa y la sangrienta de Toulouse. Aún así y, a pesar de la victoria, un poso de abatimiento y amargura quedaría en el ánimo de muchos de sus integrantes por el poco reconocimiento que sus duros servicios recibieron, tanto de las Cortes de la Nación como del regresado e infame rey Fernando VII.

Esas batallas decisivas, las que gustan de salir en los libros y manuales de Historia, logradas por Wellington y su magnífico ejército, nunca hubieran tenido lugar sin la existencia de hasta siete ejércitos españoles (refundidos en

cuatro al final de la guerra) que sin cesar de maniobrar y combatir, con mayor o menor fortuna, evitaron la concentración de todas las fuerzas imperiales en la Península a las que Wellington difícilmente hubiese podido resistir, Torres Vedras incluidas.

También se puede recordar que la historia nos muestra a ejércitos que han ganado una guerra, obligando a retirarse a un poderoso invasor, a pesar de sufrir derrotas y sin necesidad de vencer en batallas decisivas (Vietnam 1973, Afganistán 1988).

Si, como afirma el viejo adagio militar, las “cualidades de un buen ejército se demuestran en las derrotas”, el Ejército Español las demostró sobradamente durante la Guerra de la Independencia, en la que, al final, fue imprescindible participe de la victoria en 1814. Por más que el propio Wellington y parte de la historiografía napoleónica nunca hayan querido reconocer sus méritos.

La siguiente reflexión con la que continua el Tribunal Militar, nos da todo un clarividente cuadro de la casi imposible misión con la que se encontraron los militares profesionales españoles, y las Juntas Patriotas, en los comienzos de aquella guerra:

*“...Se encontraban sin gobierno, sin ministros y sin generales; y a pesar de tantas adversidades permanecieron fieles a la acusa, por lo que debemos nuestra victoria final a sus aislados y constantes combates con los contingentes franceses esparcidos por todos los confines del país...”<sup>114</sup>*

Los historiadores que aborden nuevos estudios sobre la Guerra de la Independencia, no necesitan a la hora de reconocer (y enaltecer si se quiere así por otros) los grandes logros del Duque de Wellington y del gran Ejército Británico y Portugués por él creado en la Península, o los del Ejército Napoleónico, restar los que con sangre y dureza labró el Ejército Español en las peores condiciones de lucha posibles.

Es muy cierto que ambos ejércitos, Británicos y Españoles y Portugueses, luchaban por motivaciones distintas. Una anécdota referida por el historiador español Gómez de Arteche por boca de su padre, antiguo soldado en aquel conflicto, nos ilustra muy bien sobre ello. Tras la toma y destrucción de buena parte de la ciudad de San Sebastián, las tropas británicas tuvieron un conato de motín por la mala calidad de los víveres que se les había entregado. Cuando Wellington les reprochó que los españoles no protestaban comer lo que ellos desdeñaban:

*“...Se adelantó a la fila, en que formaba, un sargento, y con voz entera y no muy respetuoso tono le expuso que, si los españoles soportaban sin quejarse tantas privaciones, era porque el patriotismo se las imponía, peleando por los fueros de su independencia y los objetos de su amor y veneración; pero que los ingleses combatían y derramaban sus sangre mediante un contrato, entre cuyas primeras obligaciones estaba consignada la de una alimentación sana y abundante, de que carecían, y un*

*sueldo que no se les abonaba con la puntualidad convenida... el Lord sin contestación que dar sino apelando a los sentimientos de honor, conjurándolos en su nombre a resistir tantas privaciones, y prometiéndolos un pronto remedio, picó espuelas y se alejó de aquel campo de Agramante entre las protestas de sus soldados y la mayor admiración de los españoles que presenciaban escena tan edificante.”<sup>115</sup>*

Acabemos aquí con las palabras de dos autores lejanos en el tiempo pero que conocieron muy bien los hechos de aquella guerra. Uno británico, Charles Oman, porque los estudió para escribir su gran obra histórica sobre la Guerra Peninsular:

*“Es más justo admirar la constancia con la cual una nación en tales circunstancias persistió en una lucha sin esperanzas, que condenarla por la incapacidad de sus generales, la ignorancia de sus oficiales, la inconstancia de sus poco instruidos reclutas. Si España hubiera sido una potencia militar de primer orden, hubiera supuesto comparativamente poco mérito su lucha de seis años contra Bonaparte. Pero cuando consideramos su debilidad y su desorganización, nos encontramos más inclinados a maravillarnos de su persistencia que a burlarnos de su desgracia.”<sup>116</sup>*

El otro testimonio es de un oficial español, Ramón Novoa, estudiante gallego, alistado en 1809 como teniente del regimiento de Infantería de Monterrey (veterano de San Payo, Tamames y Alba de Tormes; profesor luego del Real Colegio Militar de Olivenza), escrito a manera de poema dedicado a los soldados y oficiales del Ejército de la Izquierda, dos años después de acabada la guerra:

*“Estos que veis dispersos, fugitivos,  
Rotos, hambrientos, pálidos, desnudos,  
Los héroes son de nuestra amada Patria.  
Los mismos son, que en Villafranca, y Lugo,  
En Vigo, y Tuy, en Compostela, y Payo  
En cruda lid al enemigo hollaron,  
Y sus temidas huestes arrollaron.  
Los que en Tamames en campal contienda  
Batiéron su altivez; y allí gemían  
Por la Patria vengar, que mal hadada  
En torpe mano estaba abandonada.  
Los que en Medina despreciando altivos  
El ronco bronce, y el acero agudo  
Con su aspecto marcial solo ahuyentaron,  
Los vencedores de Marengo y Jena  
Y al retirarse ¡Oh, cuánta violencia  
Les cuesta obedecer!. ¡Con qué despecho!  
¡Qué murmurar de su Adalid!. ¡Qué voces!.  
¡Qué execraciones, las que allí se oyeron!.  
Pero al fin, como siempre, obedecieron.”<sup>117</sup>*

Que estas palabras sirvan de homenaje y desagravio histórico a los Soldados Españoles de 1808-1814.

### **Anexos.**

#### *Anexo 1. Rebelión del Regimiento de Murcia contra José Bonaparte*

Oficio dirigido a esta Suprema Junta por la Oficialidad del Regimiento de Murcia (*Gaceta Extraordinaria de Sevilla* del domingo 19 de junio de 1808).

*Serenísimo Señor:*

*El Cuerpo de Oficiales y Cadetes del Regimiento de Murcia, Infantería de Línea, cuyos nombres por nota acompañan, tenemos el honor de participar a V. A. S. nuestra llegada a este primer pueblo de España, con el pie de dos batallones y una bandera. Nos apresuramos a poner en noticia de V. A. lo ocurrido en dicho cuerpo desde el 9 del presente.*

*Este día, de orden del general francés que mandaba la División, fuimos reunidos los dos batallones en Setúbal con el objeto de que el 2º pasase el 10 a Lagos, pero en el día de la marcha dieron contraorden, y se nos mandó por nuestro Coronel Don Jorge Galván, que se preparase todo el Regimiento para ir a Lisboa, donde debíamos de estar al otro día.*

*Formado ya el Regimiento en las calles, y dados los toques militares de costumbre para marchar, empiezan a resonar entre los soldados las voces, ¡Viva España y A España!. La marcha empezó a las doce del día, y el Coronel a la cabeza; llegamos a Palmela<sup>118</sup>, donde se separa un camino para España. Entrose por él la cabeza de la columna, gritando los soldados: ¡Vamos a España, a España todos!. Entonces fue completo el desorden. El Coronel huyó a toda brida y se refugió a un Convento de Palmela, los que querían venirse a España hicieron fuego a los que aún no se habían determinado a la fuga, hasta que en fin se separaron hasta unos 400 con una bandera, y la oficialidad con el resto del Regimiento y la otra bandera llegaron por la noche a Palmela.*

*A las nueve de la noche llegó a este Pueblo Don Vicente de Vargas, subteniente de granaderos del mismo cuerpo, que estaba de comisionado en Lisboa. Pasó a ver al Coronel y le dixo: Que en nombre de la Patria estaba encargado de buscar el mejor medio para conducir el Regimiento a España, y le mostró el documento que lo autorizaba, y que el dicho Sr. Vargas presentará a esta Suprema Junta. El Coronel le contestó que obedecería al día siguiente.*

*Apenas amaneció el día once, se reunió toda la Oficialidad con el referido Sr. Vargas y fuimos al Convento. ¡Pero cual fue nuestra sorpresa al saber que a las tres de la noche se había descolgado por precipicios y rocas, había caminado a pie y fuera del camino, la legua de Palmella a Setúbal, y hecho retroceder algunos soldados dispersos y asistentes que venían a reunirse con el Regimiento!.*

*La Oficialidad, pues, viendo, la fuga sospechosa de su Coronel, que la dejaba sin Xefe alguno, las promesas de este tan abiertamente violadas y,*

sobre todo, oyendo la Voz de la Patria que los llamaba en su defensa, reunida en casa del Ayudante Don Pedro Carrión, y habiendo reconocido el documento de Comisión del Sr. Vargas, resolvió en el momento y sin vacilar, marchar a España a toda costa.

Se mandó tocar a la orden, se tomó la bandera, se formó el batallón, y comunicada a los soldados la resolución de los Oficiales, a las voces, ¡La Patria nos llama, vamos volando a socorrerla!, se emprendió a las ocho de la mañana la marcha militar.

La Oficialidad carecía de equipajes, que habían quedado en Setúbal, y la tropa de víveres para alimentarse, de caudales para comprarlos, y de municiones para defenderse contra las fuerzas superiores, ya de Caballería, ya de Artillería, que tan próximas teníamos. Obligados pues, a no entrar en poblado para mejor ocultar nuestra marcha, a pasar el Guadiana a nado, a caminar rodeando 40 leguas en cuatro días, y a sufrir en ellos todo género de incomodidades, juntas a los horrores del hambre, parece imposible haber efectuado nuestra marcha en un camino donde cada paso era un riesgo. Pero el Patriotismo de este Cuerpo, que había jurado concurrir a la defensa de la Patria o morir, le ha hecho arrostrar con esfuerzo y alegría tan terribles peligros.

El día 14 entramos en este pueblo, y apenas se vigorice la tropa y esté capaz de seguir su viaje, continuaremos nuestra marcha a esa Capital.

Dios guarde a V. A. S. muchos años. Paymogo, 15 de junio de 1808.

Serenísimo Sr. (rubricado) José Bonicelli.”

Anexo 2. Parte del Comandante de la 1ª División del Ejército de la Izquierda, Javier Losada, sobre la batalla de Alba de Tormes, 28 de noviembre de 1809.<sup>119</sup>

Hallándome situado la tarde del 28 del pasado con la División de mi cargo sobre las alturas a la derecha de Alba de Tormes, me dio la orden el Mariscal de Campo, Don Gabriel de Mendizábal, 2º de V. E., que sosteniendo la Caballería me pusiese en marcha con mi citada División<sup>120</sup> para atacar al enemigo; en efecto así lo verifiqué, formándola en cuatro columnas, encargando el mando de ellas a los Jefes más antiguos de los Cuerpos, que las componían.

En esta disposición nos dirigimos hacia el enemigo sin poder explicar a V.E. el deseo que manifestaba de aproximarse a él, tanto los Oficiales como la Tropa. Luego que estábamos a tiro de cañón de las columnas enemigas, un obús y dos piezas... empezó a hacerles fuego causándoles mucho daño por sus acertados tiros a los que contestaron los enemigos con los suyos, y aunque causaban algún daño a mis columnas, las valerosas Tropas que las componían no titubeaban, ni se les oía más expresión que: VIVA FERNANDO 7º, marchando con bayoneta calada las cabezas de ellas hacia las del enemigo, que por dos veces tuve que contenerlas para que hiciesen alto, pues me parece Excmo. Sr. que de no haberlo hecho así, se hubiesen arrojado sobre la caballería enemiga.

*Lleno de gozo mi corazón por mandar unas Tropas tan bizarras, en un desgraciado momento veo trasformada la escena; pues nuestra Caballería atacada por los enemigos, se pone en precipitada retirada, y mis columnas son arrolladas por ella, cargando la del enemigo y acuchillando a mis valerosos Oficiales y Soldados. Pero sin embargo de esto, el fuego de nuestra Artillería y de alguna de las columnas que pudieron desplegar, causaron al enemigo mucho daño, obligándole a retirarse.*

*Nuestra Caballería volvió a rehacerse, y yo reuní mi División, para resistir a la segunda carga de la caballería enemiga que nos amenazaba, y la Vanguardia que había avanzado, tenía ya formada el cuadrilongo. Nuestra Caballería se retiró por segunda vez causando en mi División igual desorden que la anterior, conteniendo al enemigo los fuegos de la Vanguardia y de alguna de mis columnas que los rechazaron con mucha pérdida...*

## **Fuentes y Bibliografía**

### *I. Fuentes Documentales*

#### *Archivo Histórico Nacional (Madrid)*

Sección Estado, Papeles de la Junta Suprema Central, Legs. 42 A, 68 D, 76 A, doc. n.º 3 (“*Actas de la Junta del Reino de Galicia*”), 64 G.

Colección “*Diversos*”, leg. 125. “*Año de 1808 al de 1817. Noticia de los Cuerpos de Milicias Provinciales que existían en la primera fecha, los que se organizaron en la misma y vicisitudes hasta la segunda fecha. Variaciones ocurridas en los mismos y extinción de algunos*”. 1ª División de Milicias Provinciales. Regimiento Provincial de Laredo.

Colección “*Diversos*”, leg. 159. Escrito de don Diego Granados Carbonell, dirigido al Conde de Clonard.

#### *Biblioteca Nacional (Madrid)*

Colección “*Gómez Imaz*”, Correspondencia del Coronel Pedro Méndez Vigo de los regimientos asturianos de Covadonga y Oviedo. Años de 1808-1811. Signaturas R 62764 y R 62766

#### *Archivo General Militar (Segovia)*

Primera Sección, Expediente Personal de Gregorio García de la Cuesta y Fernández de Celis, leg. G-1.038; Expediente Personal de Juan López Campillo, leg. L-1.466; Expediente Personal de Francisco Cabrera Ramírez, leg. C-195; Expediente Personal del Brigadier Ramón Patiño Rufino y Pérez Osorio, Conde de Belveder, leg. P-739.

#### *Biblioteca del Senado (Madrid). Colección “Gómez de Arteché”*

OSCARIZ, *Resumen de Operaciones de los Regimientos de Milicias Provinciales desde 1795 a 1807 y de 1808 a 1810*, manuscrito de 34 pp., 1815, sig. 30430.

#### *Instituto de Historia y Cultura Militar y Biblioteca Central (Madrid)*

## Colección “Duque de Bailén”:

- Carpeta nº 12, Año de 1809, “*Ejército de la Izquierda, Operaciones, Batalla de Alba de Tormes*”, doc. nº 1, Informe de Francisco Javier Losada a Nicolás Mahy, Ciudad Rodrigo 4 de diciembre de 1809.
- Carpeta nº 18, Año de 1809, *Ejército de Galicia, Comunicaciones. Orden General a los Comandantes de División del 24 de abril de 1809.*
- Carpetas nº 19 y 80, Año de 1810, y Carpetas nº 138 y 139, Año de 1811, *Ejército de la Izquierda, Comunicaciones y Operaciones.*
- Carpeta nº 114, Año de 1810, “*Reglamento Orgánico expedido por el Consejo de Regencia estableciendo las plantillas que deben tener los Regimientos de Infantería de Línea y los Batallones de Infantería Ligera, comprendiéndose en los primeros los Regimientos de Milicias Provinciales, que han de considerarse en adelante exactamente iguales a los de Línea. Cádiz, 1 de agosto de 1810*”.

Colección Documental “El Fraile”: leg. 290, rollo nº 22, *Gaceta Extraordinaria de la Regencia de las Españas del Miércoles 23 de Marzo de 1814*, nº 40, *Gaceta Extraordinaria de la Regencia de las Españas del Martes 29 de Marzo de 1814*, nº 44, *Gaceta Extraordinaria de la Regencia de las Españas del Martes 31 de Marzo y del Jueves 21 de Abril de 1814*, nº 46.

*Archivo Histórico Municipal de Astorga*

Leg. nº 8, *Actas de la Junta Local de Defensa y Armamento de Astorga y Documentos anejos*, nº 285, 286, 287, 288, 289, 290, 296, 297, 299, 301 y 302.

*Archivo de la Diputación de León*

Actas de la Junta Superior del Reino de León. Año de 1808.

*Archivo Histórico Municipal de León*

Correspondencia, 1808, abril-junio, leg. 181.

*Archivo Histórico Diocesano de Astorga*

Sección “Varios”, sig. B-1.

Libro de Difuntos y Libro de Entradas del Hospital de San Juan, años 1790-1843.

## II. Fuentes bibliográficas primarias y memorias

ANÓNIMO, *El Duende de nuestros Ejércitos descubierto por un buen patriota*, Imprenta del Gobierno, Badajoz 1810, 16 pp.

BONAPARTE, N., *Correspondance Militaire de Napoléon I.<sup>er</sup> Extraite de la Correspondance Générale et publiée par ordre du Ministère de la Guerre*, Tome cinquième, Paris 1876.

CABANES, F. J., *Historia de las operaciones del Ejército de Cataluña en la Guerra de la Usurpación o sea de la Independencia de España. Campaña primera*, 1809.

D'URBAN, B., *The Peninsular Journal, 1808-1817, Major-General Sir Benjamin D'Urban, Edited, with an Introduction by I. J. ROUSSEAU, M. A.*, Greenhill Books, 1930.

GRIVEL, Barón de, *Memoires du Vice Amiral baron de Grivel, Revolution et Empire*, Paris 1914.

LAS CASES, C., *Memorial de Napoleón en Santa Elena*, Ciudad de Méjico 1990.

FOY, M., *History of the War in the Peninsular under Napoleon*, Worley Publications, London 1829.

GARCÍA DE LA CUESTA, G., *Manifiesto que presenta a la Europa el Capitán de los Reales Egércitos Don Gregorio García de la Cuesta, sobre sus operaciones militares y políticas desde el mes de junio de 1808 hasta el día 12 de agosto de 1809 en que dejó el mando del Egército de Extremadura*, Palma de Mallorca 1811.

GIRÓN, P., *Marqués de las Amarillas, Recuerdos, 1778-1837*, Pamplona 1978.

GORDON, A., *A Cavalry Officer in the Corunna Campaing, 1808-1809. The Journal of Captain Gordon of the 15th Hussars*, Felling, Worley 1990. First published 1913.

INFANTADO, Duque del, *Manifiesto de las Operaciones del Ejército del Centro (3 de diciembre de 1808 a 11 de febrero de 1809)*, Sevilla 1809, pp. 16-18 (Pedro Alcántara de Toledo y Salm [1773-1841], XIII Duque del Infantado).

MARBOT, baron de, *Mémoires du General baron de Mesnil-sur-l'Estrée*, Mesnil-sur-l'Estrée 2002. Existe traducción en español: MARBOT, General barón de, *Memorias. Campañas de Napoleón en la Península Ibérica*, Editorial Castalia, Madrid 1965.

MELGAREJO Y QUIROGA, Marqués de, *Disertación sobre el origen y utilidad de la caballería y causas... de su decadencia*, Imprenta del 5º Ejército de Extremadura 1809. Coronel agregado al regimiento de caballería de Cazadores de Sevilla.

MILBURNE, H., *A Narrative of the retreat of the british Army under the commander of the sir John Moore in a letter adressed to the honourable lord viscount Castlereagh*, London 1809.

MOSCOSO Y SEQUEIRA, J.J., *Avisos Militares al Ejército de la Izquierda para la presente Guerra, escritos por el primer Ayudante General D. J. M., Teniente Coronel y Capitán del Real Cuerpo de Artillería, después de la retirada del Ejército sobre León en Noviembre de 1808, por Don Josef Díaz Pedregal y Peón, Impresor del Principado*, Oviedo 1808, 20 pp.

MOSCOSO Y SEQUEIRA, J.J., *Memorias para la Campaña de la Yzquierda militar de España desde 1808 a 1812. Escritas por el Primer Ayudante General de Estado Mayor J. José Moscoso*, Madrid 1813. Manuscrito conservado en el *Instituto de Historia y Cultura Militar*, Colección "Duque de Bailén", leg. 4, carpeta 23.

NOVOA, R., *A los valientes guerreros del Ejército de la Izquierda, a su magnánimo y sabio general el excelentísimo señor don Gabriel de Mendizábal en la memorable acción de Alba de Tormes de 28 de noviembre de 1809. Don Ramón Novoa, teniente de Infantería Ligera de Monforte*, Imprenta Real, Sevilla 1816. *Biblioteca Nacional de España*, Colección "Gómez Imaz", sig. R 62.120.

POSSE, J., *Memorias del Cura liberal don Juan Posse con su Discurso sobre la Constitución de 1812*, ed. a cargo de Richard Herr, CIS, Madrid 1984.

ROCCA, A. de, *Mémoires sur la guerre des Français en Espagne par M. de Rocca, officier de hussards, et chevalier de l'Ordre de la Légion d'Honneur*, Londres 1815.

SANTILLÁN, R., *Memorias 1808-1856*, Banco de España, Madrid 1996, pp. 84 y 89.

SARRAZIN, J., *History of the War in Spain and Portugal, from 1807 to 1814*, London 1815.

SHERER, M., *Recollections of the Peninsula*, London 1824.

VAUGHAN, CH. R., *Viaje por España* (traducción y estudio de Manuel Rodríguez Alonso), Universidad Autónoma de Madrid, Madrid 1987.

VV.AA., *Boletín del 6º Ejército. Resumen de las Operaciones del 6º Ejército hasta 17 de junio de 1811*. Villafranca del Bierzo, Imprenta del 6º Ejército (IHCM, Museo de Literatura, Rollo 89-A, 1812/2).

VV.AA., *Estados de la Organización y Fuerza de los Ejércitos españoles beligerantes en la Península durante la Guerra de España contra Bonaparte arreglados por la Sección de Historia Militar*, Barcelona 1821.

VV.AA., *Gaceta Ministerial de Sevilla*, nº 1 (junio de 1808) a 62 (30 de diciembre de 1808), Sevilla 1808.

VV.AA., *Gaceta de la Regencia y de las Españas*, Madrid 1814.

VV.AA., *Historia de la Guerra contra Napoleón Bonaparte. Escrita y publicada de orden de S.M.*, Madrid 1818.

VV.AA., *Boletín del 6º Ejército. Resumen de las Operaciones del 6º Ejército hasta 17 de junio de 1811*, Imprenta del 6º Ejército, Villafranca del Bierzo 1811.

VV.AA., Periódico *El Sensato*, Santiago de Compostela 1812. Editor Juan Francisco Montero.

VV.AA., *Impugnación que hacen los individuos que compusieron la Suprema Junta Central al manifiesto del Capitán General don Gregorio de la Cuesta*, Imprenta del Estado Mayor General, doc. nº 28, Cádiz 1812, pp. 26 y 27.

VV.AA., *Reales Órdenes de la Junta Central Suprema de Gobierno del Reino y representaciones de la de Sevilla y del general Castaños acerca de su separación del mando del Ejército del Centro con las demás contestaciones que ha producido este asunto*, Sevilla 1809.

VV.AA., *Semanario Patriótico*, nº XXX, jueves 17 de agosto de 1809, Sevilla 1809.

VV.AA., *Estados de la Organización y Fuerza de los Ejércitos españoles beligerantes en la Península durante la Guerra de España contra Bonaparte arreglados por la Sección de Historia Militar*, Barcelona 1821.

### III. Fuentes bibliográficas secundarias

ALBI DE LA CUESTA, J., *Guerra de la Península y de la Independencia, dos Guerras distintas. Revista Researching&Dragona*, nº 17, mes de agosto, Madrid 2002, pp. 95-98.

ALBI DE LA CUESTA, J. y STAMPA, L., *Campañas de la Caballería Española en el Siglo XIX*, Madrid 1985.

BENAVIDES MORO, N. y YAQUE LAUREL, J. A., *El Capitán General Don Joaquín Blake y Joyes, Regente del Reino, Fundador del Cuerpo de Estado Mayor*, Madrid 1960.

CABAÑA, A., *Don José de Canga Argüelles*, Academia de San Fernando, Madrid.

CÁCERES ESPEJO, C., *El Ejército de Andalucía en la Guerra de la Independencia*, Málaga 1999; especialmente interesante la lectura del Capítulo II, "El Ejército Español", pp. 37-63.

CALVO PÉREZ, J.L., y GRAVALOS GONZÁLEZ, L., *Banderas de España*, Vitoria 1983.

CASINELLO, A., "La Guarnición del Ejército Español en Madrid. Mayo de 1808", *Revista de Historia Militar*, número Extraordinario, Madrid 2004, pp. 61-98.

CHARTRAND, R., *Spanish Army of the Napoleonic Wars*, Tomos I, II y III (1808-1814), Osprey 1988.

CLONARD, CONDE DE (Soto, Serafín), *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y caballería Españolas*, Madrid 1847-1856, Tomo VI, p. 261. Clonard combatió durante la Guerra de la Independencia, acabando la misma como Teniente de Reales Guardias Españolas.

CLONARD, Conde de, *Memoria Histórica de las Academias y Escuelas Militares de España con la creación y estado presente del Colegio General establecido en la Ciudad de Toledo. Dedicála el mismo a S.M. la Reina*, Madrid 1847.

ESDAILE, CH., *The Spanish Army in the Peninsular War*, Manchester 1988.

ESDAILE, CH., "América y las relaciones Anglo-Hispanas durante la Guerra de la Independencia española (1808-1814)", *IX Congreso Internacional de Historia de América*, Sevilla 1992.

ESDAILE, Ch., "Los Guerrilleros Españoles, 1808-1814: el gran malentendido de la Guerra de la Independencia", *Revista Trienio, Ilustración y Liberalismo*, nº 42, (noviembre de 2003), pp. 55-76.

ESDAILE, CH., *España contra Napoleón. Guerrillas, bandoleros y el mito del Pueblo en Armas (1808-1814)*, Barcelona 2004.

ESDAILE, CH., *La Guerra de la Independencia. Una nueva Historia*, Barcelona 2004.

FUGIER, A., *La Junta Superior de Asturias y la invasión francesa (1810-1811)*, 2 vols., Oviedo 1931.

G. DE BARTEHÈLEMY, R., *El Marquesito, Juan Díaz Porlier, General que fue de los Ejércitos Nacionales (1788-1815)*, Santiago de Compostela 1995.

GARCÍA FUERTES, A., “Recuerdos y Memorias de la Independencia : los Soldados Británicos del General Moore en Astorga y el Reino de León, 1808” (contiene el extracto de siete memoriales de oficiales y soldados británicos del Ejército de los generales Moore y Baird, en su campaña por las tierras de León de septiembre a diciembre de 1808), *Astórica*, nº 18 (1999) y 19 (2000), Centro Marcelo Macías, Astorga.

GARCÍA FUERTES, A., “El Viento de la Libertad. La Junta Local de Astorga y la Batalla de Medina de Rioseco”, *Researching & Dragona* nº 11, Madrid 2000, pp. 45-46.

GARCÍA FUERTES, A., *Leoneses en la Independencia. Astorga y el Batallón de Clavijo en la batalla de Medina de Rioseco, 14 de Julio de 1808*, Astorga 2002.

GARCÍA FUERTES, A., “Moclín, 14 de julio de 1808. Nuevos y viejos datos sobre la batalla de Medina de Rioseco”, *Researching & Dragona* nº 18, 2002, y 20, 2003, Madrid.

GARCÍA FUERTES, A., “La División leonesa del Ejército de Castilla. Actuaciones políticas y militares de la Junta Suprema del Reyno de León en los comienzos de la Guerra de la Independencia”, *Pre Actas del Congreso Internacional de Barcelona*, octubre del 2005, Barcelona 2005.

GARCÍA FUERTES, A., “El Laurel y la Ceniza. De Bailén a la reconquista de Madrid por Bonaparte”, *Madrid Histórico* nº 5 (enero de 2007), Madrid 2007.

GATES, D., *La Úlcera Española*, Oxford 1984.

GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J., *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España, 1808-1814*, 14 tomos, Madrid 1868.

GÓMEZ DE ARTECHE, Y MORO, J., *La cooperación de los ingleses en la Guerra de la Independencia, Discurso leído en el Ateneo de Madrid la noche del 19 de abril de 1887 por el general Don José G. de Arteche, de la Real Academia de la Historia*, Barcelona 1887, 39 pp.

GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., *El Ejército de los Borbones, Reinado de Carlos IV (1788-1808)*, Tomo IV, Servicio Histórico Militar, Madrid 1995.

GUERRERO ACOSTA, J. M., *Diario del Capitán López de Barañano*, recogido y extractado por este autor en “El Ejército Español en la Guerra de la Independencia”, Ponencia presentada en el *I Congreso sobre la batalla de Bailén*, Bailén 1999.

GUERRERO ACOSTA, J. M., *El Estado del Ejército y la Armada de Ordovás. Un ejército en el ocaso de la Ilustración*, Madrid 2002.

GUERRERO ACOSTA, J.M., “El Ejército Español en la Guerra de la Independencia”, *Congreso de la Asociación Española para el Estudio de la Guerra de la Independencia*, Madrid 2003.

LASPRA RODRÍGUEZ, A., *Las Relaciones entre la Junta General del Principado de Asturias y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda en la Guerra de la Independencia. Repertorio Documental*, Oviedo 1999.

LASPRA RODRÍGUEZ, A., “Entre el Dos de Mayo y Napoleón en Chamarín: Los avatares de la Guerra Peninsular y la intervención Británica”, Separata de la *Revista de Historia Militar*, Número Extra. Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid 2005 .

LIÓN VALDERRÁBANO, R., *Húsares de Cantabria. La caballería del señor de la Riva*, Madrid 2003.

MARX, K. y ENGELS, F., *La Revolución en España*, Editorial Progreso, Moscú 1978.

MAROTO, J., “Zayas, un general poco conocido de la Guerra de la Independencia”, *Researching & Dragona* nº 8 (mayo), Madrid 1999, pp. 22-45.

MOLINER PRADA, A., “Peculiaridad de la Revolución Española de 1808”, *Hispania*, t. XLVII, CSIC, Madrid 1987, pp. 629-678.

MOLINER PRADA, A., *Revolución Burguesa y Movimiento Juntero en España*, Lérida 1997.

NAPIER, William, *History of the war in the Peninsula and in the South of France, From the year 1807 to the year 1814*, London 1832-1840.

NEVADO-BATALLA, P. T., “El Militar en las Postrimerías del Siglo XVIII e inicios del Siglo XIX: entre un Ejército Real y un Ejército Nacional”, en VV.AA., *Las Guerras en Salamanca*, Nº 40 (monográfico) de SA, *Salamanca Revista de Estudios*, Salamanca 1997, pp. 133-171.

OMAN, Ch., *A History of the Peninsular War*, 7 vols., Oxford 1902.

ONTALBA JUÁREZ, F., y RUIZ JAÉN, P. L., *La Batalla de Ocaña. Campañas Militares en la Provincia de Toledo en 1809*, Toledo 2006.

OSUNAREY, J.M., *Los franceses en Galicia. Historia Militar de la Guerra de Independencia en Galicia (1809)*, La Coruña 2006.

PRIEGO LÓPEZ, J. y PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, J., *La Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Servicio Histórico Militar e Instituto de Historia y Cultura Militar, 9 tomos, Madrid 1968-2007.

PUELL DE LA VILLA, F., *El Soldado desconocido. De la Leva a la Mili*, Madrid 1996.

QUEIPO DE LLANO, J.M., (Conde de Toreno), *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España*, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo LXIV, Madrid 1953.

REY JOLY, C., *Historia del Regimiento de Infantería Alava nº 56*, Cádiz 1903.

ROUX, G., *La Guerra Napoleónica de España*, Madrid 1971.

SAÑUDO BAYÓN, J. J., “La Evolución de la Orgánica Militar durante la Guerra de la Independencia”, *Revista de Historia Militar*, nº 66, Madrid 1989, pp. 97-113.

SAÑUDO BAYÓN, J. J., “Relación de las pequeñas unidades españolas en la Guerra de la Independencia”, *Revista de Historia Militar* nº 68, Madrid 1990, pp. 43-82.

SAÑUDO BAYÓN, J. J., “El Ejército Español. El gran olvidado”, en VV.AA., *II Seminario Internacional sobre la Guerra de la Independencia, 24-26 de octubre de 1994*, Madrid 1994, pp. 179-190.

SAÑUDO BAYÓN, J. J., “Oman’s View of the Spanish Army in the Peninsular War Reassessed by Colonel Juan José Sañudo”, en VV.AA., *A History of the Peninsular War, Volume IX, Modern Studies of the War in Spain and Portugal, 1808-1814*, 1999, pp. 145-160.

SAÑUDO BAYÓN, J. J., “El regimiento de Infantería de Línea Cantabria en la Guerra de Independencia”, *Researching & Dragona* nº 20, Madrid 2003, pp. 68-72.

SAÑUDO BAYÓN, J. J., *Base de datos sobre las Unidades Militares en la Guerra de la Independencia Española*, Ministerio de Defensa, Madrid 2007, cd-rom.

SAÑUDO BAYÓN, J. J. y STAMPA PIÑERIO, L., *La Crisis de una Alianza: la Campaña del Tajo de 1809*, Madrid 1996.

SAÑUDO BAYÓN, J. J., y VELA SANTIAGO, F., “La batalla de Tudela, 23 de noviembre de 1808”, *Researching & Dragona* nº 9 (octubre 1999), Madrid 1999, pp. 82-108.

SCHÉPELER, B. A. von, *Histoire de la Révolution d’Espagne et de Portugal ainsi que de la guerre qui en resulta*, Desoer Editeur, Liège 1829-1831.

SORANDO MUZAS, L., *Banderas, Estandartes y Trofeos del Museo del Ejército, 1700-1843*, Ministerio de Defensa, Madrid 2001.

STAMPA PIÑEIRO, L., “El General Whittingham: La lucha olvidada (1808-1814)”, *Revista de Historia Militar* nº 83, Madrid 1997.

TONE, J. L., *La Guerrilla española y la derrota de Napoleón*, Madrid 1999.

## Notas

<sup>1</sup> Victorias españolas sobre las fuerzas británicas en 1797, 1800 y 1807.

<sup>2</sup> SCHÉPELER, B. A. von, 1829-1831, I, p. 111. MAROTO, J., 1999, pp. 22-45.

<sup>3</sup> PUELL DE LA VILLA, F., 1996.

<sup>4</sup> LAS CASES, C., 1990, pp. 370-380. Fernando VII destacó durante la guerra por felicitar al Emperador tras cada una de las victorias que sus ejércitos conseguían sobre las tropas españolas, o por firmar proclamas pidiendo a los patriotas su sumisión al nuevo Rey José Bonaparte.

<sup>5</sup> GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J., 1868-1902; PRIEGO LÓPEZ, J., y PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, J., 1968-2007.

<sup>6</sup> MARBOT, Barón de, 2002. El capítulo Iº de la versión en español se corres-

ponde con el XXXVIII° del original, y el capítulo XX° final de la edición v acaba en el XVIII° del 2° tomo de la obra original.

<sup>7</sup> ALBI DE LA CUESTA, J., 2002, pp. 95-98.

<sup>8</sup> ESDAILE, Ch., 1992, p. 513.

<sup>9</sup> El paradigma de tales obras es la obra del militar británico partícipe en el conflicto NAPIER, William, 1832-1840.

<sup>10</sup> ALBI DE LA CUESTA, J., y STAMPA, L., 1985, pp. 167-168.

<sup>11</sup> ALBI DE LA CUESTA, J., 2002, p. 96.

<sup>12</sup> OMAN, Ch., 1902, Volumen I, Section II, pp. 89-102; ESDAILE, Ch., 1988; consultar SANUDO, J. J., 1999, pp. 145-160; CHARTRAND, R., 1988.

<sup>13</sup> OMAN, Ch., 1902-1930; GATES, D., 1984; ESDAILE, Ch., 2004 y 1988; TONE, J. L., 1999.

<sup>14</sup> Formado por cuerpos reglados y uniformados de infantería de línea y ligera, caballería e, incluso, artillería. Estas unidades formarían la División de Vanguardia Cántabra de Porlier, la 1ª División Castellana de Jerónimo Merino, la 2ª Navarra de Espoz y Mina, la 3ª Alavesa de Longa y la 4ª Guipuzcoana y Vizcaína de Mariano Renovales. Ver LIÓN VALDERRABANO, R., 2003, pp. 93-95 y 162.

<sup>15</sup> ESDAILE, Ch., 2004, y 2003, pp. 55-76.

<sup>16</sup> Para el tema de las Juntas patriotas ver MOLINER PRADA, A., 1987, pp. 629-678 y 1.997.

<sup>17</sup> VV.AA., 1811, p. 114. Sabidos son los intentos de presión e la Junta de Sevilla contra Castaños, o de la Junta de León contra Cuesta en el verano de 1808.

<sup>18</sup> *Archivo Histórico Nacional (AHN)*, Madrid, Sección *Estado*, Papeles de la Junta Suprema Central, leg. 42 A, doc. n.º 159.

<sup>19</sup> A manera de ejemplo, dos coroneles de la guarnición de Madrid durante el dos de mayo, y que se negaron a secundar la revuelta patriota, serían luego afrancesados al servicio de José I: Esteban Giráldez Sanz y Merino, marqués de Casapalacio y al mando de los Voluntarios de Estado, y Juan María Barrios, al frente del regimiento de Dragones del Rey. Otros coroneles tibios con la revuelta patriota fueron el Marqués de Villadangos y José Antonio de Terán, al mando de los regimientos Provinciales de León y Laredo, respectivamente; el primero perdería el mando y el segundo se pasaría a los franceses en 1810. Para tener otro testimonio de la rebelión del regimiento de Infantería de Murcia, en junio de 1808, en contra de José I y de su propio coronel Jorge Galván, consultar el Apéndice N.º 1.

<sup>20</sup> Testimonio del Conde de Segur, en ROUX, G., 1971, p. 160.

<sup>21</sup> Un excelente trabajo para comprender esta situación así como los mandos y funciones del escalafón y la carrera militar en: NEVADO-BATALLA, P. T., 1997, pp. 133-171.

<sup>22</sup> Para los primeros cálculos ver: GUERRERO ACOSTA, J. M., 2002, pp. 599-646, y GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V., 1995, pp. 645-646. Para los segundos datos ver los cálculos del famoso Ministro de Hacienda de la Regencia, José Canga Argüelles, en CABAÑA, A., y el anexo 16º de VV.AA., 1818, p. 318.

<sup>23</sup> ROCCA, M. de, 1908, p. 72.

<sup>24</sup> ESDAILE, CH., 1988, pp. 55 y ss.

<sup>25</sup> GUERRERO ACOSTA, J. M., 2002, p. 53.

<sup>26</sup> SAÑUDO BAYÓN, J. J., 1994, pp. 179-190, y 1990, pp. 43-82.

<sup>27</sup> VV.AA., *Boletín del 6º Ejército*, p. 99.

<sup>28</sup> OSUNA REY, J.M., 2006, p. 386.

<sup>29</sup> *Archivo Histórico Diocesano de Astorga (AHDA)*, Sección "Varios", sig. B-1.

<sup>30</sup> Ambos militares fueron condenados historiográficamente en la magna obra de QUEIPO DE LLANO, J.M. (Conde de Toreno), 1953, como prototipos del posterior militar golpista español del siglo XIX o XX. Por el contrario, las Juntas Patriotas salen muy favorecidas en el juicio de la Historia sobre aquel conflicto.

<sup>31</sup> La Carolina, 25 de noviembre de 1809. ONTALBA JUÁREZ, F. y RUIZ JAÉN, P. L., 2006, p. 21.

<sup>32</sup> VV.AA., 1812, doc. nº 28, pp. 26 y 27.

<sup>33</sup> BENAVIDES MORO, N. y YAQUE LAUREL, J., 1960, pp. 132-133

<sup>34</sup> Equivalente, a duras penas, al Cuerpo de Ejército francés.

<sup>35</sup> CABANES, F. J., 1809, pp. 78-79.

<sup>36</sup> CÁCERES ESPEJO, C., 1999, pp. 37-63.

<sup>37</sup> CLONARD, Conde de, 1847-1856, p. 261.

<sup>38</sup> SAÑUDO BAYÓN, J. J., 1989, pp. 97-113.

<sup>39</sup> *Instituto de Historia y Cultura Militar*, Madrid (IHCM), Colección “Duque de Bailén”, año de 1810, Carpeta 114, *Reglamento Orgánico expedido por el Consejo de Regencia estableciendo las plantillas que deben tener los Regimientos de Infantería de Línea y los Batallones de Infantería Ligera, comprendiéndose en los primeros los Regimientos de Milicias Provinciales, que han de considerarse en adelante exactamente iguales a los de Línea. Cádiz, 1 de agosto de 1810.*

<sup>40</sup> Agradezco la localización en la Biblioteca Nacional, y copia de este documento al amigo, músico y erudito Sr. Miguel del Barco.

<sup>41</sup> Aparte de otros muchos testimonios, podemos aportar los libros de entradas y salidas y de defunciones del Hospital de San Juan de la Catedral de Astorga. Ciudad de paso obligado entre Galicia y la Meseta, durante muchos años, vio pasar por ella unidades militares del Ejército Real. En el caso de soldados con plaza en estos regimientos extranjeros, en la decena de soldados enfermos de estas unidades irlandesas o italianas recibidos en este hospital, todos ellos presentan apellidos y nombres españoles. *AHDA*, Libro de Difuntos y Libro de Entradas del Hospital de San Juan, años 1790-1843.

<sup>42</sup> Por petición de su Coronel, don Pedro Quijano a la Junta del Reino de Galicia, conseguiría de ésta el 8 de agosto (tras la batalla de Medina de Rioseco) el cambio del nombre del Regimiento en calidad de infantería de línea española con la antigüedad de esa misma fecha: *...Dicho Regimiento se compone de Voluntarios Conscriptos de este Reino, a excepción de un corto numero de oficiales, los cuales desean se apellide el Regimiento de Voluntarios de Galicia Infantería de Línea para perpetuar el entusiasmo con que se ofrecen a sacrificar su vida en defensa de su Rey y Patria... que en la realidad el Regimiento solo tiene de extranjero el nombre, el cual también debe alejarse de la memoria por ser de una capital en que Reina el intruso Rey de España. AHN, Estado, “Papeles de la Junta Suprema Central”, leg. 76-A, doc. nº 3, “Actas de la Junta del Reino de Galicia”, 8 de agosto de 1808, fol. 29r.*

<sup>43</sup> Seis de las compañías eran de a caballo repartidas en dos compañías en cada uno de los regimientos 1º, 2º y 3º.

<sup>44</sup> *Archivo General Militar de Segovia (AGMS)*, 1ª Sección, leg. M-31, Hoja de Servicios del capitán del Cuerpo Francisco Xavier Macía del 4º Regimiento. Dicho mando hubo de recurrir a este ganado para trasportar desde Villafranca del Bierzo hasta Astorga, en los primeros días del mes de julio de 1808, seis cañones de a cuatro libras y dos obuses con sus carros de municiones que había cedido la Junta de Galicia al general Cuesta para completar el Parque de Artillería del Ejército de Castilla que apenas contaba con ocho piezas.

<sup>45</sup> GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J., 1868-1902, pp. 560-565.

<sup>46</sup> De imprescindible consulta el excelente y pionero trabajo de ALBI, J., y STAMPA, L., 1985.

<sup>47</sup> D'URBAN, B., 1930.

<sup>48</sup> CÁCERES ESPEJO, C., 1999, p. 59, nota 35.

<sup>49</sup> *AHN*, Sección "Diversos", leg. 159. Escrito de don Diego Granados Carbonell, dirigido al Conde de Clonard.

<sup>50</sup> MELGAREJO Y QUIROGA, Marqués de, 1809.

<sup>51</sup> ROCCA, M. de, pp. 34-35. Oficial del 2º de Húsares, p. 94. "*Sus tiradores eran tan numerosos y atrevidos, que obligaban a veces a los nuestros a buscar refugio en las filas*".

<sup>52</sup> SANTILLÁN, R., 1996, pp. 84-89.

<sup>53</sup> CLONARD, Conde de, 1847,

<sup>54</sup> GARCÍA FUERTES, A., 2000, pp. 45-46. El Comisionado de la Junta Local de Astorga Pedro Manuel de Salazar y Nieto, 20 de junio de 1808, Villafranca del Bierzo. *Archivo Histórico Municipal de Astorga*, leg. nº 8, *Actas de la Junta Local de Defensa y Armamento de Astorga y Documentos anejos* nº 285, 286, 287, 288, 289, 290, 296, 297, 299, 301 y 302.

<sup>55</sup> MOSCOSO, J. J., 1813.

<sup>56</sup> CABANES, F. J., 1809, p. 14.

<sup>57</sup> CABANES, F. J., 1809, p. 13.

<sup>58</sup> BENAVIDES MORO, N. y YAQUE LAUREL, J. A., 1960, p. 56.

<sup>59</sup> REY JOLY, C., 1903, p. 16.

<sup>60</sup> *Archivo General Militar de Segovia*, Hoja de Servicios, leg. C-195. Malagueño, veterano de las campañas de Pensacola, Orán, los Pirineos y Portugal; con 42 años en 1808. Privado del mando sería rehabilitado en 1809, recibiendo el ascenso a Brigadier y tomando el mando de la 3ª División del 6º Ejército en León en 1811, que dirigió con gran distinción. Ascendido a Mariscal de Campo en 1811.

<sup>61</sup> ANÓNIMO, p. 4.

<sup>62</sup> CLONARD, Conde de, 1854, pp. 123-126.

<sup>63</sup> Un ejemplo de ello lo darían varias divisiones del 6º Ejército tras los puertos de Foncebadón y Manzanal de los Montes de León, en las llanuras del Bierzo en octubre de 1811:

*"Ayer se hizo día militar en el gran llano de Naraya, a las inmediaciones d Ponferrada. Maniobraron con fuego dos Divisiones de Infantería, una Compañía de Artillería a Caballo y un escuadrón de Caballería. Se comió en el bosque de Fuentesnuevas, continuando a la tarde tan agradable y útil entretenimiento que ha proporcionando adelantamientos, y cuya repetición a menudo, hará soltar las tropas mas nuevas de todas armas, y los Jefes y Oficiales, se acostumbrarán, sobre el terreno, a practicar las reglas del arte aprendidas antes en el bufete, consiguiendo adquirir el desembarazo que exige la buena dirección de las Armas".* VV.AA., 1811, p. 111.

<sup>64</sup> VAUGHAN, Ch. R., 1987, pp. 82-122.

<sup>65</sup> Conversación del Marqués de la Romana publicada en el Periódico de Santiago de Compostela *El Sensato* el jueves 9 de abril de 1812, p. 532. Editor Juan Francisco Montero.

<sup>66</sup> *IHCM*, Colección "Duque de Bailén", Año de 1809, carpeta 18. Ejército de Galicia, Comunicaciones. Orden General a los Comandantes de División del 24 de abril de 1809.

<sup>67</sup> FOY, M. S., 1829, p. 371.

<sup>68</sup> CASINELLO, A., 2004, pp. 61-98.

<sup>69</sup> *AHN*, Sección *Estado*, Papeles de la Junta Suprema Central, leg. 64 G, doc. n° 199, 2-b.

<sup>70</sup> GARCÍA FUERTES, A., 2002-2003, pp. 90-95.

<sup>71</sup> GUERRERO ACOSTA, J. M., 2003.

<sup>72</sup> GARCÍA FUERTES, A., 2005, II, pp. 759-811.

<sup>73</sup> Como ejemplo, al frente del 3° Tercio de Voluntarios de León, se puso como comandante al subteniente Fernando Capacete ascendido a Sargento Mayor. GARCÍA FUERTES, A., 2002.

<sup>74</sup> POSSE, J., 1984, p. 116.

<sup>75</sup> *Archivo Histórico Municipal de León, Correspondencia*, 1808, abril-junio, leg. 181, n° 61.

<sup>76</sup> *Archivo de la Diputación de León*. Actas de la Junta Superior del Reino de León, 22 de septiembre, fol. 45.

<sup>77</sup> *Biblioteca Nacional de España*, Colección “Gómez Imaz”, Correspondencia del coronel Pedro Méndez Vigo de los regimientos asturianos de Covadonga y Oviedo, docs. n° 8 (15 de junio de 1808, Mayorga de Campos) y n° 27 (23 de noviembre de 1810, Santullano) y 61 (28 de enero de 1811, Godas de Salas), sigs. R 62764 y R 62766.

<sup>78</sup> STAMPA PIÑEIRO, L., 1997, p. 125. Fuente original: *Public Record Office, War Office (WO)*, Londres, 1/230, fol. 140; agradezco este último dato al historiador británico Charles Esdaile.

<sup>79</sup> VAUGHAN, CH. R., 1987, p. 128.

<sup>80</sup> *AHN, Estado*, Papeles de la Junta Suprema Central, leg. 42 A, doc. n° 159.

<sup>81</sup> LASPRA, A., 2005.

<sup>82</sup> *IHCM*, Colección “Duque de Bailén”, 1810, Carpetas n° 19 y 80, 1811, Carpetas n° 138 y 139.

<sup>83</sup> VV.AA., 1811, pp. 41-47.

<sup>84</sup> GUERRERO ACOSTA, J. M., 1999.

<sup>85</sup> SARRAZIN, J., 1815, p. 39.

<sup>86</sup> FOY, M. S., 1829, pp. 277-278. Se refiere a la carga de los dos batallones de granaderos reunidos de la 4ª División Portago.

<sup>87</sup> G. DE BARTEHELEMY, R., 1995, p. 45.

<sup>88</sup> GARCÍA FUERTES, A., 2007.

<sup>89</sup> MILBURNE, H., 1809.

<sup>90</sup> GORDON, A., 1990.

<sup>91</sup> HAMILTON, A., 1998, p. 40.

<sup>92</sup> ANÓNIMO, 1810.

<sup>93</sup> SAÑUDO BAYÓN, J. J. y VELA SANTIAGO, F., 1999, pp. 82-108.

<sup>94</sup> INFANTADO, Duque de, 1809, pp. 16-18.

<sup>95</sup> VV.AA., 1809, p. 70.

<sup>96</sup> *IHCM*, Colección “Duque de Bailén”, Año de 1809, carpeta n° 12. Ejército de la Izquierda, Operaciones, Batalla de Alba de Tormes, doc. n° 1, Informe de Francisco Javier Losada a Nicolás Mahy, Ciudad Rodrigo, 4 de diciembre de 1809.

<sup>97</sup> GARCÍA DE LA CUESTA, G., 1811, p. 50, nota n° 1.

<sup>98</sup> GARCÍA DE LA CUESTA, G., 1811, p. 102.

<sup>99</sup> GIRÓN, P., Marqués de las Amarillas, 1978, t. I, p. 252.

<sup>100</sup> VV.AA., 1809.

<sup>101</sup> CASINELLO, A., 2006, pp. 671-702.

<sup>102</sup> MOSCOSO Y SEQUEIRA, J. J., 1808.

<sup>103</sup> CABANES, F. J., p. 79.

<sup>104</sup> Palabras del Coronel Director, don Francisco Serrrach, del Real Colegio Militar de Santiago de Compostela a sus Cadetes, el día de la inauguración de su Primer Curso, 27 de julio de 1812. CLONARD, Conde de, 1854, pp. 125-126. El Real Colegio Militar de Santiago estuvo en funcionamiento hasta el 12 de febrero de 1818.

<sup>105</sup> ANÓNIMO, 1810, p. 3.

<sup>106</sup> ANÓNIMO, 1810.

<sup>107</sup> FUGIER, A., vol. I, p. 53.

<sup>108</sup> *IHCM*, Colección “Duque de Bailén”, Caja 9, leg. 12, carpeta 45, doc. n.º 22. Año de 1809.

<sup>109</sup> En 1808: Medina de Rioseco, Gamonal, Espinosa de los Monteros y Tudela. En 1809: Uclés, Ciudad Real, Medellín, María, Almonacid, Alba de Tormes y Ocaña. Y en 1811, Sagunto.

<sup>110</sup> Todo un pequeño ejército se llegó a formar así, el 7º al mando de Gabriel de Mendizábal. También la misma 5ª División del 2º Ejército Español, tuvo un origen guerrillero, al estar integrada por las tropas del brigadier Juan Díaz, el “Empecinado”, que llegaron a contar incluso con artillería propia.

<sup>111</sup> GIRÓN, P., 1978, p. 253.

<sup>112</sup> Artículo publicado en el *New York Daily Tribune*, 30 de octubre de 1854, recogido en MARX, K. y ENGELS, F., 1978, p. 33.

<sup>113</sup> *AGMS*, 1ª Sección, leg. P-739. Hoja de Servicios del Brigadier Ramón Patiño Rufino y Pérez Osorio, Conde de Belveder. Conclusiones del Juez Fiscal, Don Joaquín Ruiz de Porras, coronel de Artillería, sobre la “Sumaria formada de orden de la Suprema Junta Central Gubernativa del Reino”, fols. 195-196.

<sup>114</sup> SHERER, M., 1824, p. 183.

<sup>115</sup> GÓMEZ DE ARTECHE, J., 1887.

<sup>116</sup> OMAN, Ch., 1902, p. 102.

<sup>117</sup> NOVOA, R., 1816, Colección “Gómez Imaz”, sig. R 62.120.

<sup>118</sup> Villa de Sao Pedro de Palmella, en la Sierra del mismo nombre, aldeaña a Setúbal.

<sup>119</sup> *IHCM*, Colección “Duque de Bailén”, Año de 1809, Carpeta n.º 12. *Ejército de la Izquierda, Operaciones, Batalla de Alba de Tormes*, doc. n.º 1, Informe de Francisco Javier Losada a Nicolás Mahy, Ciudad Rodrigo, 4 de diciembre de 1809.

<sup>120</sup> Regimiento del General, Granaderos Provinciales, León, 1º y 2º de Aragón, Voluntarios de la Corona, 1º de Barcelona, Unión, Orense, y Betanzos. VV.AA., 1821, pp. 64 y 65.